LA ENEMIGA

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DARIO NICODEMI

TRADUCCION CASTELLANA DE

EDUARDO MARQUINA

MCMXVIII

LA ENEMIGA

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DARIO NICODEMI

TRADUCCION CASTELLANA DE

EDUARDO MARQUINA

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

MCMXVIII

ANA DE BERNOIS, Duquesa de Niévres.

LA CONDESA DE BERNOIS, su madre.

MARTA REGNAULT.

FLORENCIA LUMB.

LUISA.

MARIA.

MARGARITA.

ROBERTO.

GASTON.

REGNAULT.

EL OBISPO MONSEÑOR GUIDO DE BERNOIS.

LORD MIGUEL LUMB.

GERARDO, mayordomo.

Epoca actual.

En el Castillo de Niévres a 70 kilómetros de París.

El primer acto en la terraza. El segundo en un salón. El tercero en el oratorio.

ACTO PRIMERO

La terraza del Castillo de Niévres, que domina el parque. Sobresaliendo entre los otros árboles, se destacan unas hayas gigantescas. La balaustrada de mármol que limita la terraza se abre, al fondo, en amplia escalinata que desciende al parque. Sobre la balaustrada, una serie de grandes jarrones rebosantes de follaje y flores. A derecha e izquierda, los primeros peldaños de la doble escalinata que conduce por ambos lados a las habitaciones del castillo. En primer término, a la izquierda, una chaisse-longue, *una mesita redonda y un sillón. A la derecha otra agrupación de muebles de jardín.*

ESCENA I

FLORENCIA Y GASTON.

Al levantarse la cortina, Florencia, recostada en los almohadones de la chaisse-longue, *duerme pacíficamente. Por el suelo, el libro y la labor de bordado en que alternativamente debió entretenerse. Al cabo de unos instantes de silencio, Gastón, juvenilmente elegante en su traje de caza, viene del parque. Viendo a la muchachita dormida, deja su escopeta contra el barandal, arranca unas flores de un jarrón, se acerca muy callandito a la durmiente y empieza a hacerle cosquillas en el rostro con las flores. Después de algunos gestos de perezosa incomodidad, Florencia se despierta.*

GAST.—(*Tapándole los ojos con las manos.*)—¿Cuál de los dos?.... En seguida.

FLOR.—¡Oh!....
GAST.—En seguida: ¿cuál de los dos hermanos?
FLOR.—Yá que me ha despertado, el menos inteligente.
GAST.—¡Exacto! Acertó usted... Buenos días, miss Flo... Mejor dicho, buenas noches.

FLOR.—¿Cómo?... ¿Es tan tarde?
GAST.—Dentro de un cuarto de hora, la comida.
FLOR.—¡No es posible!... Corro a vestirme.
GAST.—No corra usted. Me he equivocado. De una hora. Puede usted

721166

seguir durmiendo. Dormida parecía usted un ángel plegadito de alas.

FLOR.—Y despierta, ¿qué parezco?

GAST.—Un inglés, que ha dormido demasiado.

FLOR.—Pues debo estar horrible; no me mire usted... Cuente usted: ¿qué tal ha ido la caza?

GAST.—Estupenda. Una gallina, que aplastó mi automóvil. Y algo más, espere usted: esta admirable mariposa. (*Abre su cartera para que Florencia la vea.*)

FLOR.—Tiene usted razón: es admirable.

GAST.—Y es su retrato de usted.

FLOR.—¿Mi retrato?

GAST.—Ni más ni menos. Mire usted, y vaya usted siguiéndome. Aquí el azul divino de sus ojos.

FLOR.—Eso es.

GAST.—Aquí, el oro deslumbrante de sus cabellos.

FLOR.—Idéntico.

GAST.—Aquí, el sonrosado angelical de su carita... Debajo, el coral increíble de sus labios....

FLOR.—Para engañar a cualquiera....

GAST.—¿Verdad?... Y por fin, la blancura inmaculada de su modestia.

FLOR.—No la toque usted; se mancharía... ¿nada más?

GAST.—Ahora empiezan las semejanzas morales.

FLOR.—Pues esas las oirán los almohadones.

GAST.—(*Reteniéndola.*) No se vaya usted.

FLOR.—Es usted insoportable.

GAST.—¡Júrelo usted!

FLOR.—¡Lo juro!

GAST.—¿Sí? Pues soy yo el que se va.

FLOR.—Bien hecho. Y acicálese usted, porque me han dicho que Marta Regnault come esta noche con nosotros.

GAST.—Entonces le toca a mi hermano embellecerse.

FLOR.—¿Pero dónde está Roberto?

GAST.—En París, desde esta mañana.

FLOR.—Me parece que va a París con mucha frecuencia.

GAST.—¿Está usted celosa por casualidad?

FLOR.—Por casualidad, ¿está usted loco?

GAST.—No tanto... Pero es que hay síntomas infalibles. En cuanto se habla de Roberto—de nuestro joven y querido duque, como diría Regnault—su voz de usted se apaga y sus ojos se iluminan.

FLOR.—Le prohibo a usted decirme impertinencias.

GAST.—¿Por qué se enfada usted, pérfida Albión?

FLOR.—Porque detesto las insinuaciones. Cuando exista algo oficial entre Roberto y yo, o entre usted y yo, o entre otro cualquiera y mi persona, seré yo la primera en publicarlo a gritos, a los cuatro vientos. No olvide usted que la mayor perfidia de Albión es su franqueza.

GAST.—Sí; su franqueza en lo oficial. Pero en lo que no lo es....

FLOR.—Lo que no es oficial, no existe. Y usted ¿por qué tiene celos de su hermano?

GAST.—Porque usted le quiere.

FLOR.—No escucho una palabra más.

GAST.—Aguárdese usted... Y sea usted franca... hasta para lo que no es oficial. Vamos a ver: si no está usted enamorada de Roberto, ¿por qué me prohibe usted que trate de agradarla? Aguárdese usted: si no hay una causa, ¿por qué agrandar insensible, pero continuamente, esta distancia que usted ha querido establecer entre

nosotros dos? Respóndame usted. Yo la conozco a usted lo bastante para estar seguro de que ni el título ni las riquezas, la deslumbran en mi hermano.

FLOR.—Por lo menos me hace usted justicia; muchas gracias.

GAST.—Entonces, ¿por qué todo para él y nada para mí? Yo creo que ser el más pequeño, ni es delito, ni se puede echar en cara. Yo no soy responsable....

FLOR.—Ya asomó la manía de persecución.

GAST.—No, y usted lo sabe. No me persiguen: es peor, me olvidan.

FLOR.—Usted es quien olvida que su madre, la autoridad suprema de la casa, no piensa más que en usted; no adora ciegamente a nadie más que a usted.

GAST.—Mamá.... sí, es verdad. Pero los demás, todos los demás ¿no deliran por Roberto?

FLOR.—Los demás, empezando por usted.

GAST.—¡Naturalmente! Empezando por mí. Estoy contento de ser su hermano y orgulloso de ser su amigo; porque no creo que exista en el mundo un sér más delicado, ni más fuerte; más seductor, ni más bueno.

FLOR.—(*Con involuntario abandono.*) ¿Verdad?....

GAST.—¿Lo ve usted?

FLOR.—Pero....

GAST.—Por caridad, hábleme usted lealmente; dígame usted que le quiere. Ahora mismo, en el acto; dígamelo. Tal vez aún llego a tiempo de procurarme la fuerza de resignación que necesito. No prolongue usted este juego peligroso. ¿Pero no ve usted, no comprende usted que sabiéndola libre, creyéndola libre, un día u otro, no podré resistirme al deseo loco de gritarle a usted que la....

FLOR.—¡No quiero!

GAST.—Entonces, confiéseme usted....

FLOR.—No puedo. (*Y echa a correr.*)

GAST.—¡Espéreme usted, Flo! ¡Escúcheme usted! ¡Se lo ruego!

Entra Gerardo y Gastón se detiene.

ESCENA II

GASTON Y GERARDO.

GERA.—Buscaba al señor conde, para decirle que el señor duque no ha llegado todavía.

GAST.—Lo siento; pero qué vamos a hacerle.

GERA.—¿Y si tampoco llegase a tiempo para la comida?

GAST.—La comida sería poco amena; no cabe duda.

GERA.—Si el señor conde me da su permiso, cuando estén en la mesa, entraré a decirle que el señor duque le llama por teléfono.

GAST.—Ya hemos utilizado este procedimiento esta mañana; convendría encontrar otro.

GERA.—Si al señor conde se le ocurre alguna idea....

GAST.—Ahora, ninguna. Pero todavía puede llegar; falta mucho para la comida. Entre tanto, prepárele usted lo necesario para que se vista.

GERA.—Ya está.

GAST.—Pues esperemos.

GERA.—Esperemos, señor conde.

Sale.

Gastón vuelve al sillón y se hunde en él, con visible mal humor.

ESCENA III

GASTON, LA CONDESA, LUMB.

COND.—(*Entra apoyándose en el brazo de Lumb. Ambos se detienen junto a la balaustrada para contemplar el parque.*)—Esas son las diez hayas gigantescas de que hablábamos. Forman un grupo, que esconde mal, la vieja desnudez de aquella Diana cazadora.

LUMB.—Son magníficas.

COND.—Y tienen mi edad exactamente.

LUMB.—Tal vez tengan su edad; pero no tendrán sus ánimos.

COND.—No lo diga usted.. Tienen ánimos para no envejecer, viviendo tanto. ¡Mírelas usted! Erguidas, finas, flexibles, elegantes. Pues si las viera usted de cerca, ni una arruga... ¡Dichosos árboles!... Se desenvuelven, y yo me encojo; van para el cielo, y yo vuelvo a la tierra. A medida que su copa aumenta, parecen más hermosas y benéficas; a medida que mi persona disminuye, soy más fea y más insoportable.

LUMB.—Se calumnia usted, condesa.

COND.—No hay miedo. Les dejo esa ocupación a los demás. Pero es la verdad: siento que me voy volviendo egoísta, insensible, hasta glotona; y terriblemente inútil... ¡Qué humillación!... La vejez no es más que una humillación progresiva. ¡Qué suerte ser árbol! ¿Sabe usted cuál es la mujer a quien he tenido siempre más envidia?? Dafnis; que para librarse del hombre, se convirtió en laurel... ¡Esa sabía vivir! Y ahora, vamos a sentarnos, mi querido Lumb. Mis piernas dicen, basta; y tienen razón las pobrecitas. Son setenta y ocho años de llevarme a cuestas... ¡Jesús! Creo que le he dicho a usted mi edad.

LUMB.—El alma es inmortal.

COND.—¡Dichosa de ella!... (*Viendo a Gastón.*)—¿Y tú, qué estás pensando con esa gravedad?

GAST.—Nada, abuelita. Leía.

COND.—¿Leías, en el bordado?

LUMB.—¿Qué tal esa caza? ¿Qué se ha matado?

GAST.—Una mariposa.

COND.—¿De un tiro? Mi enhorabuena... ¿Y Roberto? ¿Ha vuelto por fin?

GAST.—Todavía no, abuelita.

COND.—¡Inverosímil! ¡Increíble!.... ¡París! ¡París! ¡Monstruo seductor y fatal!.... ¿Quiere usted decirme, querido Lumb, por qué existen las grandes ciudades y cuál es su verdadero objeto?

LUMB.—Sí, condesa. El verdadero objeto de una gran ciudad es hacernos desear el campo.

COND.—Exactamente. Thackeray, aquel periodista endiablado que estaba de moda en París el año 60, me decía una vez, hablando de Londres: "es una ciudad enorme, febril y monótona, donde el sol parece la luna y la luna un queso de bola". Tenía razón. En las grandes ciudades todo se transforma y se deforma: hasta el sol y la luna. Son aglomeraciones inútiles y malsanas.. Peor todavía. Porque si no existiera Londres, usted no se vería obligado a abandonarnos para cuidar de sus negocios; y si no existiera París, Roberto no habría faltado al almuerzo, ni estaría a punto de faltar a la comida.

LUMB.—Condesa, es necesario que suprimamos Londres y París.

COND.—Lo pensaremos seriamente. Porque no quiero que ese muchacho se nos vuelva embustero. Tengo un sacrosanto horror a la men-

tira, cualquiera que sea. Vamos a ver, Gastón: ¿qué patraña te ha contado Roberto, por teléfono, mientras almorzábamos?

GAST.—Abuelita....

COND.—Cuidado, no vayas a mentirme tú también.

GAST.—Abuelita, Roberto no me ha telefoneado.

COND.—¿Que no te ha telefoneado? Entonces tú... Lo has hecho por... Has dicho aquella mentira para.... ¡Ven a darme un beso! Eres un hombre.

GAST.—Pero si no viene a la comida, ya no sé que inventar.

COND.—Tienes razón. Y es grave. Debíamos buscar algo. Ayúdenos usted, lord Lumb.

LUMB.—¿A buscar una mentira?

COND.—¡Una mentira, una mentira!... Se trata de una invención insignificante.

GERA.—(*Por la izquierda.*) El señor Regnault y la señorita Regnault.

COND.—¿Ya?... ¿Mi hija no ha salido de su habitación?

GERA.—Todavía no, señora condesa.

COND.—Entonces, que pase el señor Regnault.

Sale Gerardo.

GAST.—¿Me da usted permiso para ir a vestirme, abuelita?

COND.—Despáchate. Tenemos que buscar algo para evitarle a Roberto la tormenta.

GAST.—Vuelvo en el acto. (*Sale.*)

COND.—¡Señor, qué muchachos!..... (*A Lumb.*) ¿Conoce usted a Regnault?

LUMB.—No tengo ese gusto.

COND.—Lo tendrá usted. Y un verdadero gusto, porque se trata de un carácter. Regnault es el notario que solía figurar en las comedias de mi tiempo. Conocerá usted al notario del Gotha francés. Nada menos. Es su manía, su *snobismo* profesional. Y es más interesante, porque es hereditario. El padre de éste era todavía más escrupuloso al escoger su clientela. El despacho de Regnault es un océano de sangre azul. Y desde hace dos siglos estos Regnault son los depositarios de tantos secretos íntimos, de tantos misterios más o menos confesables, de tantos dramas de alcoba que se ven condenados al silencio para no hacer traición a nadie. Yo le atormento siempre, pero no he conseguido jamás hacerle cometer una indiscreción.

LUMB.—Cro que mi hija me ha hablado algunas veces de la señorita Regnault.

COND.—De tal palo, tal astilla. Marta, que por la profesión y la situación de su padre se ha hecho en nuestro mundo su rinconcito simpático, morirá soltera, porque no le es posible casarse con el heredero de un trono de primera clase.

LUMB.—Estoy avergonzado de mi modesto título de lord.

COND.—Diez veces millonario que fuera usted, no le bastaría. Marta Regnault necesita una corona, aunque sea de espinas.

ESCENA V

LA CONDESA, LUMB, MARTA REGNAULT Y FLORENCIA

COND.—(*A Regnault, que entra seguido de su hija.*)—Mi querido Regnault ... ¿Qué tal? ¿Cómo se portan esos setenta y cinco?

REGN.—Sesenta y cinco, condesa.

COND.—Es usted un niño... perdóneme usted. Le confundía con su padre, que siempre tuvo setenta y cinco años. ¿Cómo estás, Marta?

MART.—(*Con una gran reverencia.*)—Condesa....

COND.—Tu sombrerito es delicioso.

MART.—Me lo ha regalado la princesa Natalia.

COND.—Y ha hecho bien. Tiene una cabeza descomunal, y ese sombrerito debía sentarle como una silla de montar a un elefante. Lord Lumb: presento a usted mi viejo amigo Regnault, "la caja de caudales de los escándalos", como yo le llamo... Marta: Lord Lumb.

MART.—Ya he tenido el gusto de conocer aquí a miss Lumb; una criatura toda gracia y distinción. Verdad es que los ingleses son distinguidos como nadie.

COND.—Gracias por nosotros, hija mía. ¿Es cierto, Regnault, que mi prima, la de San Servan, se ha retirado enferma al Poitou?... ¿Y qué ha sido? ¿Falta de salud o falta de dinero?

REGN.—¿En Poitou, dice usted? Una de las más hermosas regiones de Francia; pero un poco húmeda. A sus compatriotas, lord, les gustaba mucho el Poitou: nos lo quitaron muchas veces.

COND.—¿Y de su salud, Regnault, le permite hablar el secreto profesional?

REGN.—No me quejo, condesa. Ya conoce usted mi oración: "Dios mío, guardádme de los dolores físicos, que de los otros yo me guardo." Es una fórmula excelente. ¿No tendré el honor de ofrecer mis respetos a la duquesa?

MART.—¿Y Roberto?

REGN.—Es verdad: ¿sigue bien nuestro joven y querido duque?

COND.—Sí; su hermano también; muchas gracias.

FLOR.—(*En traje de comida.*)—El joven y querido duque acaba de llegar hace un momento.

COND.—Menos mal.

MART.—Me alegro de volver a verla a usted, señorita.

FLOR.—Y yo también, señorita Lleva usted un traje precioso.

COND.—¿De qué princesa procede?

MART.—Es un modelo de la marquesa de Ornano.

COND.—¿Aquel monstruo? ¿Por fin obtuvo el divorcio, Regnault?

REGN.—¡El divorcio!... Qué tremenda calamidad endémica el divorcio! ... Me han contado de un presidente de sala inglés que, antes de dar principio a un proceso cualquiera de divorcio, pronuncia estas palabras: "Suplico a las señoras honradas que abandonen el local." Naturalmente, ninguna se mueve. Y el presidente añade: "Guardias, hagan ustedes salir a las otras". Pues este magistrado es todo un moralista.

COND.—Y usted, un hombre insoportable con sus discreciones.

MART.—¿Nos da usted permiso para que vayamos con miss Flo a ver los cisnes del lago? Yo adoro a los cisnes: son los grandes señores, los príncipes del agua.

COND.—Ya veo que el mejor día te casas con un cisne. (*A Lumb.*) ¿Quiere usted que acompañemos a las niñas?

LUMB.—¿Por qué no, condesa?

COND.—Vamos, Regnault. (*Se dirige hacia el fondo entre Lumb y Regnault.*) ¿No le parece a usted, Regnault, que un cisne, por su blancura y por su estupidez, recuerda mucho a su cliente de usted, la marquesa de Latour?

REGN.—En el blasón de los Latour es un halcón el que figura, no es un cisne; hasta juraría...

Descienden al parque.

ESCENA VI

ROBERTO Y GASTON.

Los dos de frac.

GAST.—(*Llegando por la izquierda, a Roberto que entra por la derecha.*) —¿Por fin?

ROBE.—Ya es hora, ¿verdad?

GAST.—¿Qué te ha pasado?

ROBE.—Nada.

GAST.—Figúrate que mamá, con la esperanza de verte llegar de un momento a otro, ha retardado una hora el almuerzo; a pesar de los ocho invitados, entre los que estaba el obispo.

ROBE.—¡Brr!.... Entonces no es un chubasco; es el diluvio universal lo que me espera.

GAST.—No. Ya hemos conjurado la tormenta.

ROBE.—¿Cómo?

GAST.—Le he dicho a mamá que te había hecho una porción de encargos y que yo solo tenía la culpa de tu tardanza. Pero ha habido más. A media comida, Gerardo, muy serio, se presenta diciendo que tú me llamas por teléfono. Me levanto, acudo, no era verdad: no me llamabas. Estuve a punto de abrazar a Gerardo por su ocurrencia. Vuelvo a la mesa; la inundo de tu desolación y de tus excusas; y todo acaba bien.

ROBE.—Agradezco tu generosidad... y la del criado.

GAST.—¡Bah! ¡Generosidad! En mi lugar, tú habrías hecho lo mismo.

ROBE.—Sí; pero el resultado no habría sido tan feliz. Mamá nos somete a cada uno a un régimen distinto. Y el tuyo es el más dulce.

GAST.—Tú sabes que no tengo la culpa.

ROBE.—Y tú sabes que estoy lejos de dártela. Pero, además, no acuso a nadie. Mi señor Destino ha decidido que así sea. ¡Así sea! Y no se hable más. ¿Dónde están las señoras?

GAST.—Se fueron hacia el lago. Menos mamá; que desde que almorzamos, se encerró en su cuarto.

ROBE.—Estará buscando en su repertorio de frases amargas, las que más puedan herirme cuando me eche la vista encima.

GAST.—Eres injusto.... A mamá le preocupan tus viajes diarios a París, y es natural... Y ya que hablamos de eso, nadie en casa tiene el derecho de interrogarte; es verdad. ¿Pero por qué no me dices a mí lo que tienes? ¿Por qué estás cada día más nervioso, más excitado, más pálido?

ROBE.—¿Te importa, de veras? Pues oye el terrible secreto de mi palidez: estoy muerto de hambre, y ya que Gerardo es nuestro cómplice, vamos a decir que avise para la comida; aunque sea antes de hora.

GAST.—Como quieras. Perdóname por haberte mortificado con mi pregunta.

ROBE.—¡Por Dios, hombre! No me pongas esa cara... Créeme: hay cosas de las que más vale no hablar.

GAST.—Tú tienes algo que te martiriza.

ROBE.—No; no exageremos.

GAST.—Díme lo que tienes.

ROBE.—¡Si es que no podría precisarte!... Tal vez un poco de neurastenia.

GAST.—¿Una mujer?

ROBE.—¿Por qué no?

GAST.—¿Florencia?... Pero Florencia te....
ROBE.—No; una mujer más hermosa todavía; la más hermosa de todas.
GAST.—Mamá.
ROBE.—Mamá.
GAST.—Lo sabía.
ROBE.—¡Por fuerza! Ya no soy capaz de ocultar esta pena. Y escapo para que no me la conozcan. Ahí tienes la razón de mis viajes continuos a París.
GAST.—Pues es necesario reaccionar, y cuanto antes.
ROBE.—¿Cómo? ¿Con qué medios? Para reaccionar, para sobreponerme a este abatimiento corrosivo necesitaría una robustez moral que no tengo, y que tú tampoco tendrías en mi lugar. Porque nosotros lo tenemos todo, menos voluntad. ¿Y sabes por qué? Yo sí. Porque nosotros, a partir de la nodriza, hemos vivido siempre entre mujeres: la abuelita, mamá, las tías, las hermanas, sus amigas, sus hijas... Siempre mujeres a nuestro alrededor; graciosamente, pero inexorablemente. En nuestra casa los hombres no han sido más que pasajeros... Los amigos, pasajeros indiferentes. Los maridos de nuestras hermanas, pasajeros interesados. Los administradores, los empleados, los criados, pasajeros hostiles. Nuestro mismo padre, un pasajero íntimo. Y así, desde que estamos en el mundo, a nuestra familia y nuestra casa, les falta la columna vertebral. Ha sido, es y será nuestra mayor desdicha, hermano mío.
GAST.—Quizás tengas razón.
ROBE.—Y sin quizás.
GAST.—Pero tu mayor desdicha, créeme, no es esa; tu mayor desdicha es tu imaginación. Porque te obliga a pensar cosas que no existen. Mamá te quiere.
ROBE.—¡Oh!...
GAST.—Sí; en el fondo, mamá te quiere.
ROBE.—Su cariño está tan "en el fondo", que ya he perdido la esperanza de llegar hasta él.
GAST.—Pues yo estoy seguro de lo que te he dicho.
ROBE.—¿Seguro? Entonces tú puedes curarme con una sola palabra: júrame que estás seguro de que mamá me quiere.
GAST.—Yo te digo....
ROBE.—No, no digas: ¡jura!

Gastón calla.

¿Lo ves?... ¡Sí! Dudo del único sentimiento de que los hombres no han dudado hasta ahora. Y esa duda, amarga como tú nunca has de saberla, es mi neurastenia, mi desgracia y mi verguenza... Pero ¿por qué?... ¿Tengo yo la culpa de que una ley, que yo no he dictado, me haga heredero de un título glorioso y de un gran patrimonio? ¿Pero es que yo no pongo sobre el título y la riqueza, y los derechos, y las prerrogativas, mi cariño y mi ternura por tí?
GAST.—Lo sé, lo sé, y te lo agra...
ROBE.—Tú lo sabes; pero mamá... Mamá no ha visto siquiera el cariño que le tengo a ella; no ha querido verlo... ¡Y sin embargo!...(*Se calla; llega hasta la balaustrada, como para asegurarse de que nadie puede escucharle. Vuelve con mayor excitación y más conmovido.*) ¡Y sin embargo, tú no sabes, nunca sabrá nadie mi pasión por ella! Sí; no tiene otro nombre este sentimiento tan completo, tan perfecto, tan puro. La adoro como si en mí se juntaran un hijo, un amigo, un marido, un padre, un esclavo, un fanático... ¿comprendes? Y la adoro como un artista que adora su obra maestra. Por-

que veo en mamá como la obra maestra de la mujer; la mujer en su expresión más alta, más bella... Desde la muerte de nuestro padre, hace veinte años, mamá se ha hecho, de su dolor, una belleza más. Se ha acostumbrado al peso de su dolor, como una reina al peso de su corona; y se la ve como iluminada por él... Y yo me siento tan orgulloso de mamá, que no quisiera haber nacido si no hubiera nacido de ella... Y me acuerdo de mis años pasados como de otras tantas fiestas. Y me acuerdo, una por una, de sus caricias y de sus palabras; y me acuerdo de sus besos, como si con cada uno hubiera estampado una fecha de alegría en la carne de mi cara. Me acuerdo de todo el cariño de mamá, y no puedo, y no quiero acostumbrarme a la idea de perderlo... no quiero que me priven de él ¿comprendes?.... Yo no he hecho nada para que me priven de él ... Entonces, ¿por qué? ¿Por qué?... Si lo sabes, díme, explícame... ¿Qué he hecho yo?... ¿Qué delito es el mío?...

GAST.—¡Por Dios, Roberto, cálmate!... Pueden venir, Roberto... ¡cálmate!

ROBE.—Tienes razón, perdóname... ¿Sabes? No hablo nunca con nadie de esta pena. Y ha sido como un nudo que me apretara la garganta y me ha hecho gritar... Perdóname... ¿Ves? Ya estoy tranquilo... Pero ¡qué pena, Gastón, qué pena! Tenemos todo lo que se necesita para ser buenos y felices, y precisamente los que más nos quieren hacen lo posible por crear estos antagonismos absurdos... Mamá te adora ciegamente, y tú te quejas a veces porque te faltan otras simpatías, otros afectos... Esas simpatías, esos afectos, yo los tengo todos, ¡todos!, pero en cambio, sufro y me quejo, porque me falta el cariño de mamá... ¡Qué ciega es la suerte!

GAST.—¡Roberto! Procura no excitarte más. Será mejor. Ya verás tú... Dentro de poco, cuando tu vida haya cambiado....

ROBE.—¿Cambiado?.... ¿Cómo?...

GAST.—Florencia, te....

ROBE.—Calla... y óyeme. Hasta que sepa la causa de este cambio incomprensible de mamá, respecto a mí, yo no haré nada, no decidiré nada, no pensaré en nada... ¡Quiero saber!

GAST.—Pero, ¿estás loco?

ROBE.—No; y quiero saber para no volverme loco... ¿Pero es que tú crees que esta aversión de mamá es nada más que un sentimiento instintivo?... ¡No!... Una madre puede preferir a uno de sus hijos sin necesidad de odiar al otro.

GAST.—Ahora blasfemas: mamá no te odia.
ROBE.—Todavía no.
GAST.—Jamás....

ROBE.—Sí. Mamá es para mí la enemiga; la enemiga de mi vida, de mi felicidad, de mi porvenir... ¿Por qué? ¿Lo sabes tú? No. Yo tampoco. Pero quiero saberlo. Y sabré. Yo no sé cuándo ni cómo; pero sabré... Mi vida es tan poco apetecible que la daría con gusto por saber. Ya ves tú. Soy tan desgraciado, que daría mi vida para saber por qué lo soy y....

(Se vuelve y ve a Marta que hace un instante llegó por la escalinata del parque y se quedó junto al barandal.)

¡Oh, Marta!

ESCENA VII

ROBERTO, GASTON Y MARTA

MART.—Buscaba... buscaba a Gastón. Su abuelita preguntaba por usted....

GAST.—¿Dónde está?

MART.—Al otro lado del estanque: con los demás.

GAST.—Pues allá voy; hasta enseguida. (*Sale apresuradamente.*)

MART.—¿No creerá usted que estaba ahí para escucharle?...

ROBE.—¿Yo?... ¡Qué idea!

MART.—Le aseguro a usted que he venido para llamar a Gastón. Y además, para ver si su madre de usted había salido; porque no la he saludado todavía.

ROBE.—¿Pero a qué vienen todas esas explicaciones?

MART.—Es tan tonto lo que me ha sucedido... Parecía usted tan excitado hablando, que no me he atrevido a interrumpirle... Perdóneme usted.

ROBE.—Basta, Marta.... Basta.

MART.—Le juro a usted que no he oído más que las últimas palabras.

ROBE.—¿Muy interesantes, eh?

MART.—Graves.

ROBE.—Es que, en broma, se dicen las cosas más graves de este mundo.

MART.—¿En broma?

ROBE.—Sí... jugando.

MART.—No trato de averiguar; por lo tanto, es inútil que diga usted lo que no es. No tenía usted la voz ni el aire de los que bromean jugando. Pero, respecto a las pocas palabras que he podido oir, esté usted tranquilo: soy discreta. Lo soy, no sólo por naturaleza, sino además por tradición y por oficio. Mi padre no ha vacilado en hacerme su confidente única; y ya lo sabe usted, mi padre es una tumba.

ROBE.—Y usted, la hermosa estatua de esa tumba.

MART.—Sobre todo, yo soy su amiga de usted desde que está en el mundo... porque yo soy más vieja que usted.

ROBE.—No es posible.... Debe haber error.

MART.—Bastante más vieja... Le he tenido a usted sobre mis rodillas.

ROBE.—¿Quiere usted que yo la tome sobre las mías para pagar mi deuda?

MART.—Quiero que me dé usted la mano con lealtad para demostrarme que está usted seguro de mí.

ROBE.—¡Qué voz tan solemne!

MART.—¡Qué mano tan helada!

ROBE.—Ya pica en historia... Gastón me encuentra pálido; usted me encuentra helado; yo empiezo a sentirme cadavérico. ¡Basta! Cambiemos de conversación. ¿Sabe usted si su padre tiene que hablar con mamá esta noche?

MART.—Creo que sí ¿Por qué?

ROBE.—Porque yo también necesito hablar con él.

MART.—Se lo diré. Y así tendremos tres consultas esta noche. Porque su abuelita no ha dejado de solicitar una, por su parte. ¡Divertidísimo!... ¡Oh, y no me quejo! Al fin y al cabo, a estas consultas profesionales debo el indecible honor de comer en el castillo.

ROBE.—Ya empieza a hacer de las suyas su injusticia. Debe usted atarla corto. Demasiado sabe usted que en el castillo la queremos todos.

MART.—¿Usted también?

ROBE.—Yo más que nadie.

MART.—Soy para usted una amiga de la infancia.

ROBE.—Pero, ¡qué amiga! la más hermosa de todas.
MART.—Después de Florencia Lumb, naturalmente.
ROBE.—Eso ya no es injusticia; esos son celos.
MART.—Para usted, lo mismo da.
ROBE.—¿Sabe usted que la encuentro rara en este momento?
MART.—¿Y cuándo no es rara una mujer?
ROBE.—Tiene usted razón; únicamente cuando duerme y sueña que es sencilla.
MART.—Pongamos que duermo y sueño que le pregunto a usted una cosa, a la que no tiene usted más remedio que contestar francamente.... ¿Quiere usted?
ROBE.—Dicen que no conviene llevar la contraria a los sonámbulos. De modo que ¡adelante! Pregúnteme usted.
MART.—¿Le gusta a usted Florencia?
ROBE.—¿La de los Médicis?
MART.—La de los Lumb.
ROBE.—La admiro.
MART.—Se empieza siempre así: admiración.
ROBE.—Complacencia en la admiración.
MART.—Esperanza.
ROBE.—Deseo.
MART.—Amor.
ROBE.—Pasión.
MART.—Matrimonio.
ROBE.—No. Yo suprimo la última frase, que echa a perder las anteriores.
MART.—Y, sin embargo, es su consecuencia lógica.
ROBE.—Por eso la suprimo. Detesto la lógica. Y como en la vida, nacimiento, matrimonio y muerte constituyen la santísima trinidad de las cosas lógicas, yo suprimo la que puedo: el matrimonio.
MART.—Se casará usted como los demás.
ROBE.—Ni como los demás, ni para los demás. Lo juro.
MART.—Y si un día, por casualidad, una hermosa mujercita, muy rica, muy distinguida, se enamorase de usted, se lo diese a entender y hasta, si me apura usted, se lo dijese, ¿qué haría usted?
ROBE.—Cambiar de color. Me pondría encendido, que es el color de la violencia. Recordaría que mis antepasados fueron soldados, aventureros, conquistadores... Entonces, probablemente, la violencia ancestral me subiría a la cabeza, inflamaría mi sangre, desbarajustaría mis sentidos... y la hermosa mujercita, con todo su dinero y toda su distinción, como hay Dios que iba a pasar un cuarto de hora un poco agitado....
MART.—¿Y después?
ROBE.—Después, lo de costumbre: contricción, verguenza, remordimiento.
MART.—¿Y matrimonio, nunca?
ROBE.—Nunca.
MART.—Gracias.
ROBE.—¿Por qué?
MART.—Porque.... así, si otro día una mujer menos bella y menos rica que Florencia Lumb, pero más consciente, más mujer, enloqueciera hasta el punto de decirle a usted que le adora, usted no podría dudar de su desinterés, porque ella sabría ya que usted no se casa.
ROBE.—Pero... ¿sabe usted, Marta, que estamos hablando de cosas fantásticas?
MART.—No tan fantásticas como las que me digo a mi misma... con demasiada frecuencia... desgraciadamente.
ROBE.—¿Quiere usted prometerme ahora, aquí mismo, en el acto, que no enloquecerá usted nunca hasta ese punto?

MART.—No prometo nada.
ROBE.—Marta, volvámonos a dar la mano seriamente, amistosamente.
MART.—No.
ROBE.—Entonces.... Hasta luego; nos veremos en la mesa.
MART.—¡Roberto!... ¡Roberto!...
ROBE.—Y, por favor, se lo suplico a usted; ni sollozos, ni lágrimas. No se acostumbra aquí.
MART.—Sea usted indulgente; no me humille usted... Usted sabe que soy una mujer voluntaria, casi una impávida, en la vida... ¡No me humille usted más! Le juro a usted que he combatido este sentimiento como se combate al más peligroso de los enemigos. Y en este combate, que dura hace años, he visto caer, poco a poco, mi voluntad, mi inteligencia, mi orgullo. Es mi derrota. No me haga usted sentir, que es también el más espantoso de los ridículos.
ROBE.—¡No, no; se engaña usted! Soy yo el único que está aquí en ridículo. Porque en el caso en que me ha puesto usted no hay término medio; se es demasiado humano o demasiado bíblico: Don Juan o.... José. Para usted no quiero ser lo uno ni lo otro.
MART.—Y tiene usted razón. ¡Oh, por fuerza! Usted no es más que inteligencia y sangre fría. Cuando se es así se tiene razón siempre. Pero, por lo menos, sepa usted que yo no quiero nada, que yo no pido nada.
ROBE.—Concedido desde luego, por mi parte. Y ahora....
MART.—¡No! Espérese usted, óigame usted... Creo que si pudiera pronunciar una vez la palabra que ha venido a ser mi idea fija, sería para mí un alivio. Roberto, le....
ROBE.—¡No; no siga usted!... Yo he oído decir que las gentes se desmayan de dolor, de miedo o de hambre. Ahora comprendo que pueden desmayarse de algo más; porque si no calla usted, presiento que voy a caerme a sus pies, desmayado, fulminado de ridículo.
MART.—¿De modo que mi emoción, mi sinceridad, mi locura, no han despertado en usted más que el miedo a ser ridículo?... Yo creía merecerle otro respeto.
ROBE.—Si llego a decirle a usted que la respeto, abomina usted de mí.
MART.—Es usted cruel. Y hace usted mal.
ROBE.—Es usted la que hace mal, muy mal, turbándome así... Porque me turba usted demasiado....
MART.—¡Te adoro!
ROBE.—(*Dominándose con supremo esfuerzo.*)— ¡Oh, basta.... basta! ¡Decididamente, no tiene usted miedo de la violencia ancestral!
MART.—No se burle usted de mi corazón. Ignora usted de lo que es capaz. Ya he dicho que no pido nada; que únicamente quería hacerle comprender, que si un día no es usted feliz yo estaré a su lado. dispuesta a todo, contra todos... Quiero que sepa usted que le he dado mi corazón para el porvenir.
ROBE.—¿A plazo fijo?...
MART.—¡Le prohibo a usted que se burle de mí!
ROBE. —Y yo me burlo... Y yo no puedo hacer otra cosa, aquí, en la casa de mi madre, de la que es usted huésped y amiga. Me burlo, y es necesario que se burle usted también; que se ría....
MART.—¿Y si llorase?
ROBE.—Entonces, Marta, con mucho cariño, pero con mucha seriedad, le diría a usted lo que decimos a las niñas pequeñitas: "¡Qué fea te pones cuando lloras!"... Vamos, venga usted acá, míreme usted... (*Imitando el gesto de un prestidigitador.*) Extraigo de mi cabeza el recuerdo de esta pequeña... anécdota. Lo pongo en mi mano... así... la cierro. Soplo... uno, dos, tres... Vuelvo a abrirla....

Ajá: vacía... El recuerdo ha volado, ha desaparecido, está olvidado para siempre.... ¿Le parece a usted bien? Pues no me mire usted con esos ojos de enfado y de rabia, porque ahora es cuando va usted a ponerse fea de verdad.

MART.—(*Con violencia mal dominada.*)—Está bien. He sido torpe... risible... despreciable.. .sí, sí, despreciable... Porque al señor duque no le ha parecido bien tomarme en serio.

ROBE.—El señor duque ruega a la señorita Regnault que no diga enormidades.

MART.—Y sin embargo, la señorita Regnault, la hija del notario de "la caja de caudales de los escándalos", es la única persona que podría tener las llaves de esa caja.

ROBE.—Ahora no la entiendo a usted: palabra.

MART.—Mejor para usted.

ROBE.—¿Qué ha querido usted decirme?

MART.—No lo sabrá usted nunca... Como no sabrá usted nunca que me ha ofendido atrozmente, mortalmente.

ROBE.—Es que quiero saber.

MART.—No lo espere usted.

ROBE.—Es que quiero saber en el acto.

MART.—¡Atrás!... ¿Será capaz de perder su sangre fría el señor duque? ¡Por Dios, Roberto!... Tendría usted que ver que una burguesita le diera a usted una lección de urbanidad.

ROBE.—¡Dígame usted!...

MART.—¿Qué? ¿Los misterios de "la caja de caudales?"

ROBE.—Sí.

MART.—No hace mucho decía usted que era capaz de dar su vida por saber.

ROBE.—Lo decía.... Y lo haré.

MART.—La vida es demasiado.

ROBE.—¿Qué rebaja puede usted hacerme?

MART,—¿No le parece a usted que debemos cambiar de tono?

ROBE.—No me es posible. ¿Qué rebaja me hace usted?

MART.—Perfectamente: sea. Y óigame usted bien: en este momento voy a jugarme el más noble de mis impulsos, mi ambición; y el más grande de mis sentimientos, mi amor.

ROBE.—Juguemos.

MART.—Es que puede usted perder.

ROBE.—No lo notará nadie.... Siga usted.

MART.—Detesto a su mundo de usted: lo odio y lo odiaré hasta...

ROBE.—Que pueda usted entrar en el.

MART.—Eso. Lo odio porque me han hecho pasar por la puerta de servicio, o poco menos. Abrame usted la puerta grande, la que no me obligue a bajar la cabeza para entrar, y yo encontraré el modo—no sé cuál, el que sea—yo encontraré el modo de saber lo que a usted interesa y le atormenta.

ROBE.—(*Sujetándola por las muñecas.*)—¡Lo sabe usted ya!

MART.—No; ¡suélteme usted!...

ROBE.—¡Lo sabe usted!... ¡Ha desvalijado usted la caja de caudales! ¡Lo sabe usted ya!

MART.—No sé nada; suélteme usted; grito.

ROBE.—Grita lo que sabes. En el acto. ¡Te lo mando!

MART.—Es inútil mandar. Dame tu palabra...

ROBE.—La estimo demasiado para empeñársela a una intrigante como tú.

MART.—¡Insúltame y no sabrás nada... nunca!

ROBE.—Lo sabré todo ahora mismo... porque quiero.

MART.¡—¡Como te odio a tí también, en este momento!

ROBE.—¿Tú, duquesa?... ¡Nada más que la hija de un notario de escándalos podía concebirlo!

MART.—Pero yo sé quién es mi padre. ¡Tú no podrías decir otro tanto!

ROBE.—¿Qué?... ¿Cómo has dicho?... ¡Miserable! ¡Ahora veo que está usted completamente loca! Le ha sorbido el seso su ambición. Y en este momento, no sé, me parece que me averguenzo de haber sido su amigo de usted tantos años... Me averguenzo, sí... Porque tiene usted un alma mezquina, estúpida... un alma avarienta de mujerzuela.

MART.—Yo tengo alma; otras tuvieron el cuerpo.

ROBE.—¿Pero en quién se atreve usted a pensar hablando así?

MART.—Ya lo sabe usted.

ROBE.—¡Marta!... ¡La estrangulo a usted! ¡De rodillas! ¡Pida usted perdón!

MART.—No soy de las que se arrodillan.

ROBE.—Perdón... En seguida...

MART.—Ya sabe usted....

ROBE.—¡Sé que usted ha mentido y que voy a incrustarle su mentira en la garganta! Confiese usted que ha mentido... Que mi madre...

MART.—Su madre de usted le odia, porque usted, bastardo reconocido y legitimado por la generosidad del duque, usurpa los títulos, los honores, las riquezas del otro, de Gastón, del menor legítimo.

ROBE.—¡Basta!

MART.—Le odia a usted, porque es usted su pecado y su verguenza.

ROBE.—¡Silencio; no mienta usted más! No es verdad... No es verdad.

MART.—Es verdad; lo sé. ¡Me muera si no lo sé!

ROBE.—(*Tapándose los oídos.*) No es verdad... No es verdad.

MART.—Me ha rechazado usted, se ha burlado usted de mí; peor para usted.

ROBE.—¡Salga usted de aquí!

MART.—¿Quiere usted?...

ROBE.—Quiero hablar con su padre de usted cuanto antes. Cuanto antes.

MART.—¿Entonces?....

ROBE.—He perdido. Pero ya le he dicho a usted: yo juego bien; no lo notará nadie. Hasta después.

MART.—Hasta después. (*Sale por la izquierda.*)

ROBE.—(*Desplomado, inmóvil, repite maquinalmente.*)—No es verdad... No es verdad....

ESCENA VIII

ROBERTO Y LA DUQUESA

DUQS.—(*Aparece en lo alto de la escalinata, a mano derecha. Desciende lentamente, mirando a Roberto.*)—Me alegro de verte por fin, Roberto. Es un honor que cada día se va haciendo más raro. ¿Y qué? ... ¿Te propones faltar también a la comida?

ROBE.—No... mamá... voy. (*Se dirige hacia la izquierda.*)

DUQS.—Podrías ofrecerme el brazo y acompañarme... Digo, me parece...

ROBE.—Sí, mamá. (*Le ofrece el brazo y salen juntos.*)

TELON.

ACTO SEGUNDO

Un salón de aspecto señorial. En el fondo, puerta que conduce a una galería llena de cuadros, estatuas, armas, telas y toda suerte de objetos de arte. Puertas a derecha e izquierda.

ESCENA I

ROBERTO, REGNAULT, GERARDO.

GERA.—(*Sirviendo los licores: a Regnault.*) ¿"Fine champagne"?

REGN.—Sí... Así..... Gracias.

ROBE.—Eramos los únicos fumadores en la mesa. No tiene usted más remedio que soportar mi compañía todo el tiempo que duren estos cigarros.

REGN.—Fumaré lo más despacio que pueda, querido duque.

GERA.—¿También "fine champagne" para el señor duque?

ROBE.—Un poco... Basta... Gracias.

REGN.—¡Prodigioso licor!

GERA.—1812. Bodegas del Emperador.

REGN.—En efecto: sabe a gloria.

ROBE.—¿Prefiere usted que fumemos aquí, o paseando por el jardín?

REGN.—Ya que me hace usted el honor de consultarme, prefiero continuar en este admirable sillón. Fumar paseando, al aire libre, es dejarse robar, por el movimiento y por el aire, un cuarto de cigarro.

ROBE.—(*A Gerardo.*)—Al salir, cierre usted la puerta para que no se pierda ni un átomo del cigarro del señor Regnault.

REGN.—Mi viejo sibaritismo lo agradece devotamente.

GERA.—¿Tiene algo más que mandar el señor duque?

ROBE.—Nada; gracias. (*Sale Gerardo.*)

REGN.—Marta me ha comunicado su deseo de hablar conmigo esta noche.

ROBE.—Sí, es verdad... Pero, en este momento, es usted una imagen tan perfecta de la beatitud, que me parece un crimen de lesa felicidad turbarle a usted...

REGN.—¡Oh, mi joven y querido duque! Me da verguenza confesarlo; pero turbarme a mí, es difícil; es casi imposible. Algunas veces he procurado conmoverme, o por lo menos, aparentar que me conmovía...¿y lo creerá usted? no lo he logrado nunca. No lo oculto, ni puedo ocultarlo: desde el punto de vista de la sensibilidad, soy lo que podríamos llamar un carácter completamente fracasado... Pero

volviendo a sus reparos de usted, tan corteses; a su miedo de impresionarme, ¿es que, por desgracia, se trata de algo poco agradable?

ROBE.—Sí, mi querido Regnault; de algo muy poco agradable y muy penoso.

REGN.—¡Oh, cuánto lo siento... por usted!... Estoy apenadísimo. Y dígame usted ¿cree usted absolutamente indispensable decírmelo?

ROBE.—No hay más remedio.

REGN.—Entonces, hable usted. Lo que no tiene remedio viene a ser indiferente para mí. Soy todo oídos.

ROBE.—Pues hablemos... ¿Todavía, un poco de cognac?

REGN.—Siempre (*Roberto le sirve.*) ¡Qué trasparencia! ¡Qué color!... Es una esencia de sol. (*Bebe, a pequeñísimos sorbos.*) De modo que se trata....

ROBE.—De rogar a la señorita Regnault, su hija de usted, que interrumpa sus visitas a esta casa. Y yo le pido a usted que crea...

REGN.—Creo, señor duque, creo. Creo por deber, por hábito, por exigencias de mi profesión; creo. Pero, ¿no podría saber el motivo de tanta severidad?

ROBE.—Por mí, no.

REGN.—Ya. Condena sin proceso; sumarísima... Deduzco que el motivo ha de ser grave.

ROBE.—Lo es.

REGN.—¿Intimo?

ROBE.—Su hija de usted le informará, si quiere.

REGN.—Levanto acta... Y ahora, para regular mi conducta futura en esta casa, ¿puedo hacerle a usted una pregunta? La duquesa y la condesa, ¿conocen y aprueban la expulsión?

ROBE.—Exagera usted....

REGN.—Tal vez... por falta de tiempo o de imaginación, tal vez. Vamos a ver. Desde que está usted en el mundo ha podido usted comprobar que a Marta se la recibe con afecto en esta casa. Repentinamente le cierra usted sus puertas, sin apelación, al parecer. Yo me he permitido llamar a esto una expulsión. Pues no he exagerado; es una expulsión. De todos modos, la palabra no aumenta ni disminuye la importancia del hecho. Y en cuanto al hecho...

ROBE.—Yo le agradeceré, Regnault, que busque usted mismo un pretexto para justificarlo a los ojos de mi madre y de mi abuela.

REGN.—No será difícil; un viaje.

ROBE.—Se ha abusado mucho de los viajes; no lo creerían.

REGN.—Un pretexto no es más que una verdad aparente y no es rigurosamente necesario que la crean. Pero si usted lo prefiere, ya que estamos en un momento de actividad judicial enorme, podemos invocar el trabajo absorbente del despacho.

ROBE.—Eso es. Porque parece que a su hijo de usted le interesan mucho los asuntos de la notaría.

REGN.—Sí. Algunas veces, en las cuestiones más intrincadas y más árduas, es de una clarividencia tan grande y de una precisión de consejo tan sorprendente, que he acabado por hacer de ella mi único y verdadero colaborador: es otro yo.

ROBE.—¿Me permite usted, querido Regnault, que ponga otra vez a prueba su impasibilidad?

REGN.—Mi impasibilidad se considerará honradísima.

ROBE.—La prueba es dura.

REGN.—El honor será más grande.

ROBE.—Es usted perfecto.

REGN.—No es posible dejar de serlo en tan perfecta compañía.

ROBE.—¿Otro vasito de... sol?
REGN.—Con mucho gusto.
ROBE.—(*Sirviendo el cognac.*) Todos los papeles de mi casa, las actas de nacimiento, de sucesión, de venta, los contratos matrimoniales, testamentos, declaraciones y cartas están en su notaría de usted desde hace un siglo, ¿verdad?
REGN.—Desde hace más de un siglo. Su bisabuelo de usted, Humberto de Niévres, entró en relaciones con la notaría Regnault en 1792 cuando la primera República.
ROBE.—Pues a mí, querido Regnault, me disgusta que todos esos documentos, oficiales o íntimos, se guarden en una notaría que dirige una mujer.
REGN.—Es mi hija, señor duque.
ROBE.—Es una mujer, señor Regnault.
REGN.—En la que tengo una absoluta confianza.
ROBE.—Hace usted mal.
REGN.—(*Después de una pausa.*) ¿El señor duque me ha hecho ya el honor de designarme un sucesor?
ROBE.—Aún no.
REGN.—Si no me equivoco, creo tener en mi casa esta misma marca de habanos... (*Recoge del suelo el anillo de su cigarro.*) "Aguilas imperiales". Exactamente... ¿Quiere usted hacerme el favor de venir a fumar un cigarro a mi despacho?
ROBE.—Mañana mismo, querido Regnault.... Y ahora déjeme usted decirle que en aquella primera República de titanes que ha nombrado usted, le habría sido posible encontrar un carácter digno del suyo. Pero en nuestra tercera República no tema usted ninguna competencia. Le felicito a usted.
REGN.—Se hace lo que se puede, señor duque.

ESCENA II

ROBERTO, REGNAULT Y MARTA

MART.—(*Llegando por la izquierda.*) Papá... ¡Oh! ¡Cuánto humo!
REGN.—¿Qué es?
MART.—La duquesa quisiera saber por dónde andas de tu cigarro.
REGN.—Me quedan todavía dos o tres centímetros de felicidad.
MART.—¿Puedo decirla que estarás a su disposición en cuanto acabes?
REGN.—Como siempre... Es decir, no; escúchame. Creo que no me encuentro bien.
MART.—¿Tú? (*Mira a Roberto.*) ¿Qué tienes?
REGN.—Debe ser lo que vulgarmente se llama jaqueca. En griego, hemicránea; *hemi*, medio; *kranion*, cráneo. Según el griego, me duele una mitad del cráneo.
MART.—¡Es raro!
REGN.—¿Por qué? Si tengo cabeza, es natural que tenga cráneo.
MART.—Quiero decir que es la primera vez que eso te ocurre.
REGN.—Cuando me muera, hija mía, será la primera vez que eso me ocurra. Y, sin embargo, me moriré lo mismo.
MART.—¿Quieres que nos retiremos?
REGN.—Sí; dile de mi parte a la duquesa.....
MART.—Lo que quieras.
REGN.—Voy contigo... ¿Dónde he dejado mi cartera? (*Va a buscarla al fondo.*)
MART.—(*A Roberto, en voz baja y rápidamente.*) Estaba loca; no he dicho más que locuras; perdóneme usted. (*Le tiende una mano, que Roberto no estrecha.*)

REGN.—(*Que ha visto la repulsa de Roberto.*) Para ese cigarro... ¿le parece a usted una hora cómoda las cinco?
ROBE.—Iba a proponérsela a usted precisamente.

ESCENA III

ROBERTO, REGNAULT, MARTA, LA DUQUESA, LA CONDESA Y FLORENCIA.

COND.—(*Que entra del brazo de Florencia y seguida de su hija.*) ¡Uf!... ¡Qué infierno!
REGN.—Presento mis excusas por la parte de humo que me corresponde.
COND.—Regnault, fuma usted como un turco. ¿No sabe usted que el tabaco es un veneno?
REGN.—¡Pero tan lento, condesa! Hace cincuenta años que fumo....
COND.—Y así tiene usted una cabeza que parece de pipa.
REGN.—Una cabeza vacía, en este momento. Yo creo que entre el humo y ese maravilloso licor...
COND.—¿Borracho, además? No le falta a usted nada.
REGN.—Sí señora. Ahora me falta la lucidez necesaria para afrontar una conversación de negocios. Y me permito rogar a usted que me conceda un aplazamiento.
COND.—¡Regnault, aplazando una consulta!... ¡Sálvese el que pueda! Esto es la fin del mundo.
REGN.—Una hemicránea intolerable, condesa; la primera de mi vida.
COND.—Pues no pierda usted el tiempo. Encomiende a Dios lo que tenga usted en lugar de alma, porque eso es que va usted a morirse pronto, Regnault.
REGN.—Pediremos un aplazamiento también para eso..., duquesa...
DUQS.—Le espero a usted mañana con Marta; la necesito también.
REGN.—Es usted excesivamente buena con mi hija; pero, con todo el sentimiento de este mundo, debo advertirle a usted que Marta no podrá venir mañana.
COND.—¿Va usted a traspasarle su jaqueca?
DUQS.—¿Pero por qué, Regnault?
MART.—Papá tendrá ocupaciones en el despacho, que yo ignoraba.
DUQS.—Peor para él... Hasta mañana... Tengo empeño en contar con ustedes.
MART.—Yo creo que de todos modos....
DUQS.—Ni una palabra; hasta mañana, hija mía.
ROBE.—¿Pero por qué insistir así, mamá?

Un gran silencio glacial.

COND.—¡Oh, oh! Esto es más grave... ¿Qué pasa, Roberto?
DUQS.—(*A Roberto, que no contesta.*) Tu abuela te pregunta qué pasa.
ROBE.—Nada, mamá.
DUQS.—¿Estás seguro?
ROBE.—Sí, mamá.
DUQS.—Entonces... Hazme el favor de rogar a la señorita Regnault que venga aquí, mañana.
MART.—Duquesa....
DUQS.—No, no; espera.
ROBE.—Un momento. Florencia acaba de decirme que Gastón está empeñado con su padre en una partida de ajedrez bastante seria. Gastón no es muy fuerte. Pido a ustedes permiso para ir a socorrerle.
DUQS.—(*Reprimiendo su cólera con dificultad.*) ¡Oh, es demasiado!

COND.—(*A Marta.*) ¿Quieres decirme qué ha pasado, Marta?
MART.—No lo sé, condesa.
COND.—¿Y usted, Regnault?
REGN.—Yo... Permítame usted besar sus manos con todos mis respetos, condesa.
DUQS.—No se hable más, hija mía. No falten ustedes mañana... No podría perdonarles... ¡Silencio, silencio! No admito más excusas que las de mi hijo sobre este particular; y entre tanto, acepten ustedes las mías.
REGN.—Duquesa....
DUQS.—Y no tarde usted, Regnault. Tendremos mucho que hacer. Hasta mañana, hija mía... No: ni una palabra más....

Les acompaña hasta la puerta del fondo.

ESCENA IV

DUQUESA, CONDESA, FLORENCIA

DUQS.—(*Se vuelve excitada.*) ¡Escandaloso!... Esto es ya escandaloso.
COND.—Y tú, exagerada... Escandaloso me parece demasiado.
DUQS.—Búsqueme usted una palabra que pinte mejor la actitud de Roberto.
COND.—No la buscaré, porque no vale la pena.
DUQS.—Es usted demasiado indulgente.
COND.—Deberías imitarme.
FLOR.—Ha sido un pronto de Roberto. A estas horas, debe estar arrepentido.
COND.—¡Es claro! Está nervioso... Ya lo habéis visto en la mesa.
DUQS.—He visto que no hacía ningún esfuerzo por disimular su malhumor.
COND.—Eso te demuestra la espontaneidad de su carácter.
DUQS.—Eso me demuestra su pésima educación. Y estoy decidida a no tolerárselo; a él menos que a nadie.
COND.—¡Por supuesto!... En cuanto se trata de Roberto, no te cuesta trabajo ser exigente.
DUQS.—Sería igual si se tratara de Gastón.
COND.—¡Oh, no!
DUQS.—Y Gastón no se habría permitido jamás faltar a un almuerzo que ofrecíamos al obispo.
COND.—Su Ilustrísima ha comido lo mismo y con apetito envidiable.
DUQS.—¿Qué causa puede tener su malhumor constante?
COND.—No sabemos.
DUQS.—¡Ninguna! En todo caso, su deplorable educación.
COND.—Debías darle otra.
DUQS.—Diga usted que no he hecho bastante por él.
COND.—(*Severa.*) Has hecho tu deber, y nada más.
DUQS.—Pues hágame usted responsable de todas sus rarezas. No, mamá, por favor, no volvamos a empezar.
COND.—Por mi gusto no habría empezado nunca.
DUQS.—Esta eterna discusión se hace más inaguantable cada vez.
COND.—Porque, sin darte cuenta, tú estás cada vez más irascible.
DUQS.—Atribuídlo a la imperdonable bondad con que tratáis todos a Roberto.
COND.—No hay bondad que sea imperdonable. No quisiera tener sobre mi conciencia más pecados que los de mi bondad.

DUQS.—Está bien. ¿Hablemos de otra cosa?... Florencia, hijita, perdónanos esta pequeña escena de familia... Pero tú estás a punto de entrar también en la familia y te es más fácil perdonar, ¿verdad?

COND.—En lugar de disputarnos como verduleras, hemos podido interrogar a nuestra linda Flo sobre el pésimo humor de Roberto.

FLOR.—¿A mí, condesa?

COND.—¡A tí, señorita! No has dejado un instante de charlar con él; ¿puede saberse de qué hablábais?

FLOR.—¡Oh, sí! Roberto me decía que va a hacer un viaje largo....

COND.—(*Agitadísima.*) ¿Cómo?... ¡Un viaje largo!... ¿Es posible?...

FLOR.—Roberto es muy joven, condesa... Y aunque se vaya, tiene tiempo de volver.

COND.—¿Y yo? ¿Tengo tiempo de esperarle yo? Vamos a ver... ¿A qué viene esa idea? ¿Qué manía le ha entrado? ¿Por qué quiere hacer un viaje largo? ¿Y a dónde?

FLOR.—A las Indias.

COND.—¿Qué? ¿Cómo has dicho?... ¡Quiere ir a las Indias! ¡Roberto!... ¿Has oído, Ana? ¡A las Indias!... ¡El teléfono! ¡Pero en seguida! ¡Un médico! ¡Llamad a un médico! Es necesario cuidar a ese muchacho, porque se ha vuelto loco.

DUQS.—Cálmate, mamá.

COND.—¿Que me calme?... ¡El se va a las Indias y quieres que yo me calme!

FLOR.—No me había hablado nunca de ese viaje.

COND.—Ni a nadie. Esa sí que es una rareza. ¡Ah, pero veremos! ¡Yo quiero saberlo todo! ¡Quiero que me digan qué tenemos que ver nosotros con las Indias para que nos amarguen la vida así, de repente!... No, no te calles, hijita; te lo ruego. Cuéntame esa historia de las Indias, porque te aseguro que no veo claro, que no veo claro....

FLOR.—Voy a contarles a ustedes la historia de las Indias; pero ha de hacer usted lo posible por calmarse... ¿Convenido?

COND.—Lo prometo. Y prometo además no interrumpirte.

FLOR.—Pues señor... Las Indias eran un país vastísimo donde una noche cayeron dos ingleses de las nubes... No sabían a punto fijo qué tierra pisaban; y empezaron a recorrerla en todos sentidos.... Y andando, andando, encontraron agua. Uno de los ingleses la probó, mojando un dedo, y dijo: "Salada"... "Hurra—dijo el otro —; el mar; estamos en casa." Y desde aquel día las Indias fueron inglesas.

COND.—No estoy para bromas... Déjate... ¿A qué va Roberto a las Indias?

FLOR.—A respirar otro aire, según dice.

COND.—¿Nada menos?... ¿Es que el aire de su casa, el que respiramos los demás, su madre y yo, no es bastante puro para él? ¿Y esta idea genial se le ha ocurrido así, de pronto?...

A la duquesa.

¿Te parece a tí?... ¡Pero Ana! Te dicen que tu hijo mayor se va a las Indias, una tierra que no sabemos si existe, porque nada nos prueba su existencia; que tal vez está llena de peligros, de enfermedades, de monstruos, de precipicios, de tigres y de bayaderas; te dicen todo esto ¿y no te inmutas? No llamas en el acto a ese mozalbete para decirle que en vez de mandarle a las Indias le mandaremos a un manicomio? ¿Pero qué tienes en lugar de sangre? ¿Horchata?

DUQS.—Todo se lo diré, mamá; pero usted cálmese... No lo vaya a pagar el corazón.

COND.—¡Bah! Mi corazón es un viejo cascabel que, por lo visto no puede estar quieto....

A Florencia.

También tú deberías hablarle a Roberto y ajustarle las cuentas.

FLOR.—Yo me voy, condesa.

COND.—¿A las Indias?

FLOR.—A Londres... Y creo que ya es hora de avisar a papá. Cuando juega al ajedrez se olvida de todo; hasta de mí. Con permiso...

DUQS.—Quédate un momento... Te lo ruego... ¿No te parecee que tal vez tenemos algo que decirnos tú y yo?

COND.—(*Levantándose.*) ¿Estorbo?....

DUQS.—Al revés; nos hará usted un favor quedándose. Florencia va a hablarnos a las dos como a dos viejas amigas.

COND.—Lo de viejas, lo dirás por tí.

DUQS.—Tu padre debe haberte dicho....

FLOR.—Todo, como siempre. Pero mi padre no tiene nada que ver con estas cosas. El corazón es un tesoro que debemos administrar nosotros mismos. Y papá no tendrá derecho a intervenir más que en un caso de elección indigna. Aquí, no existía ese peligro.

DUQS.—Gracias.

COND.—(*Para sí.*) ¡A las Indias!... ¡A las Indias!

DUQS.—Mamá....

COND.—¡Ah!... Sí.... ¿Qué estábamos diciendo?

DUQS.—Habla con toda libertad, sinceramente.

FLOR.—Yo hablo siempre así. Conozco a Roberto y a Gastón desde.... desde siempre. No tengo otros amigos. Los dos son muy buenos, muy simpáticos....

COND.—Pero como no te dejarán casarte con los dos, no tienes más remedio que escoger.

FLOR.—Sé que Roberto ha sido favorecido por la suerte.

COND.—Era el mayor: es natural.

DUQS.—No hablamos de eso, ahora.

FLOR.—Y por lo mismo, atendiendo a los consejos de mi padre y por espíritu de justicia, yo he querido, con todas mis fuerzas, secundar los deseos de usted y sus proyectos; inclinarme del lado en que había menos riquezas, menos honores, menos títulos...

DUQS.—Eres un ángel.

COND.—Un ángel... inglés; porque razona como un abogado.

DUQS.—Sigue, monina.

FLOR.—Yo pensaba: puesto que Gastón es el menos afortunado, yo quiero ofrecerle con mi cariño y mi amistad todo lo que le falta para ser casi igual que su hermano... Así realizaré un acto de reparación, haré feliz a una madre y no podré tacharme nunca de ambiciosa... Pues así, poco a poco....

DUQS.—No te detengas.

FLOR.—Quiero decir, que poco a poco....

COND.—A pesar de los propósitos irrevocables de tu cerebro, tu corazón ha dispuesto las cosas de otro modo.

DUQS.—No sé qué quiere usted decir....

COND.—Porque tú estás siempre en babia... Florencia había decidido, había resuelto enamorarse de Gastón; y precisamente por eso se ha enamorado de Roberto.

DUQS.—Déjela usted hablar, mamá.
COND.—Estoy hablando por ella.
DUQS.—No es verdad. Habla tú....
COND.—¿Pero no ves que, callando, te dice a gritos la verdad de su corazón?
DUQS.—¡No! Florencia, tú no tienes nada de romántica.
COND.—¿Qué?... Tiene muchísimo, tiene enormemente... Porque habiendo decidido amar por voluntad, por razón y por lógica, acaba amando *por amor,* que después de todo, será siempre el mejor modo de amar... ¿No es eso? ¿Pues a qué obstinarte y llevarle la contraria?... ¡Piensa, piensa lo que podría ocurrir si, amando a Roberto, se casara con Gastón!... ¡Acuérdate de Francesca de Rimini!
DUQS.—Creo que se divierte usted atormentándome....
FLOR.—No. Ha dicho la verdad, duquesa.
COND.—Vamos... ¿No estás contenta? ¿Y a qué esperas para abrazarla? ....Yo te beso y te abrazo, en el acto.... eso es.... y mi viejo cascabel repica de alegría, como nunca....

A Ana.

¿Qué tienes, mujer? ¿Pero es tan extraño que se enamoren de Roberto? ¿Pero es que se trata de un muchacho tuerto o jorobado?
DUQS.—Mamá... Le pido a usted de rodillas que me hable seriamente... No, no tengo suerte.... Basta que yo forme un proyecto, tenga una idea, acaricie una esperanza, para que todo instantáneamente se derrumbe como por efecto de una maldición... ¡Siempre, siempre y todo, todo contra mí!... Es absurdo, es absurdo.
FLOR.—Perdóneme usted.
COND.—¿Por qué ha de perdonarte?... Ana, ¡eres tú la absurda y la ingrata con Dios que te manda un ángel como éste para embellecer la vida de tu hijo! Mi palabra, que no te entiendo. Y esta vez no trates de negarme una parcialidad que empieza a ser odiosa... Déjame decírtelo como lo siento.
COND.—No es que sobra el respeto; es que faltan razones, y por eso no discutes.
DUQS.—Mamá, por sobra de respeto, no quiero discutir.
DUQS.—¡No me atormenten más! ¿Pero de qué le sirven a usted su inteligencia y su experiencia de la vida, si no comprende usted que no puedo más, que estoy desesperada por este... no sé qué... que se ha entrado en mi alma como un veneno y que me consume poco a poco? Mamá, ¿por qué no quiere usted comprender que sufro como una condenada y que quisiera morir para acabar de ser demasiado justa o demasiado injusta?... No, no, quédate, monina. Serás madre tú también y bueno es que empieces a saber que en la inmensa dulzura de ser madre hay también muchas amarguras y muchas espinas...
COND.—¡Ana, Ana!... Piensa lo que dices... Piensa que la felicidad de Roberto no puede perjudicar de ningún modo a la felicidad de Gastón...
DUQS.—¡Oh!... El no será nunca feliz.
COND.—Ahora blasfemas.
DUQS.—Lo presiento sin saber por qué... Y este miedo angustioso es el que ha creado un antagonismo que yo no quería, que yo había jurado no querer... ¿Qué he hecho yo para llegar a esto? ¿Qué he hecho yo?
COND.—Has hecho lo que debías. Tal vez más. Y debes sentirte orgullosa.
DUQS.—¿Pero si fuera punible, si fuera un delito ir más allá de nuestros

deberes? ¿Si hubiera límites hasta para el deber? No sé; ya no me entiendo, ya no entiendo nada... Sólo me doy cuenta del infierno que he desencadenado en mi alma y del suplicio a que estoy clavada para siempre... ¡Quiero morir, mamá, quiero morir para castigarme!

COND.—¿Te callas, hija mía? ¿Quieres callarte y no decir esas cosas? ¿Pero es que te has propuesto amargarme las pocas horas de vida que me quedan? ¿Y cómo quieres que yo me vaya serenamente de este mundo, si me obligas a marcharme con el miedo de dejaros a todos en semejante discordia? Si allá arriba se piensa todavía en los seres que nos fueron queridos, ¡tú imagínate mi angustia, al saberos desunidos y hostiles unos a otros!... He vivido casi una eternidad de inquietudes porque he sido hija, esposa, madre, abuelita... ¿Quieres tú que mis inquietudes, después de muerta, duren otra eternidad? ¡Evítame este cáliz, Ana querida! Yo he compartido todas tus alegrías y todas tus penas desde que estás en el mundo... No te he dejado dar un paso sola... Y si ahora, algunas veces, desaparezco, hago pequeños viajes, no es por gusto, es para acostumbrarte poco a poco a no verme... para prepararte poquito a poco a la gran separación... ¡Vamos! Créeme... pon un poco de paz en tu corazón.... No olvides que para ser madre no basta ser animosa; es necesario ser heroica; no basta saber sufrir; es necesario sufrir sin saber por qué... No lo olvides... ¡Ea!... Y basta, basta... ¿No ves, Ana? He hecho llorar a un ángel inglés... No me había sucedido nunca.... Vamos, dime, ¿cuándo volverás a Francia?

FLOR.—Creo que dentro de dos semanas.

COND.—Pues dentro de dos semanas acabaremos esta conversación. Y dejaremos que tu padre tome parte en ella... porque, después de todo, si vas a casarte, yo creo que es mejor que tu padre lo sepa... ¿No te parece, Ana?

DUQS.—Sí, mamá. Como usted quiera.

COND.—¿Estás más intranquila?

DUQS.—Sí.

COND.—Bien hecho... Bien hecho.

ESCENA V

LA CONDESA, LA DUQUESA, GASTON, FLORENCIA Y GERARDO.

GAST.—¡El honor del nombre queda a salvo! ¡Un par de jugadas y Roberto habrá derrotado al terrible lord Lumb!... ¿Pero que ha sucedido? ¿Qué caras tienen ustedes?

COND.—No eres galante. Has podido decir: ¡qué bonitas caras tienen ustedes!

GAST.—Muy bonitas; pero un poco largas... ¿Qué ocurre?

FLOR.—Voy a decirle a papá que es tarde... y que debemos marcharnos.

Sale.

DUQS.—Gastón.

GAST.—Mamá.

DUQS.—Hace unos meses me dijiste que tu amistad por Florencia empezaba a transformarse en un sentimiento más vivo, más...

GAST.—Me engañaba.

DUQS.—O me engañas.

GAST.—No.

DUQS.—¿Has hablado ya con Florencia?

GAST.—Sí... pero no de mí... De Roberto... ¡Se adoran!
DUQS.—¿Cómo lo has sabido?
GAST.—Lo he adivinado.
DUQS.—¿Sufriendo?
GAST.—No.
DUQS.—¿De verdad?
GAST.—De verdad.
DUQS.—¿Ninguna amargura, ningún disgusto?
GAST.—No. Es decir... Tendría un disgusto si álguien o algo pudiera ser un obstáculo a la unión de esos dos seres tan buenos y tan adorables... Mamá: y ya que hablamos de Roberto, yo quisiera hacerte una súplica.
DUQS.—Di.
GAST.—Roberto se cree un poco distanciado de tí... y sufre mucho.... mucho más de lo que tú puedes imaginarte... Vuelve a acercarte a él, como antes... Házle sentir, como antes, que somos perfectamente iguales para tí... Quiérele mucho, si yo he de gozar sin remordimientos de lo mucho que a mí me quieres. Esta era la súplica, mamá.
DUQS.—Todos estáis ciegos por él... Está bien, Gastón. He comprendido.

Se dirige al fondo para pulsar el botón de un timbre.

COND.—¡Dáme un beso!... ¡Pero insiste, insiste, hijo de mi alma! Porque, si no, lo perdemos a Roberto.
GAST.—Lo sé, lo sé, abuelita.
DUQS.—(*A Gerardo.*)—Lord Lumb y su hija van a salir. Que esté todo a punto.
GERA.—Sí, excelencia.

Sale.

ESCENA VI

CONDESA, DUQUESA, GASTON, ROBERTO, FLORENCIA, LORD LUMB.

LUMB.—Roberto me ha deshecho, me ha pulverizado como a un principiante.
COND.—Se desquitará usted a la vuelta. Dentro de dos semanas.
LUMB.—Lo veo difícil. Roberto es un jugador atrevido y arbitrario que me hace perder la serenidad.
FLOR.—Y que te hará perder el tren, si no te das prisa... ¿Vamos?
GAST.—Mamá ha dado sus órdenes y todo estará a punto.
LUMB.—Duquesa... gracias, siempre.
DUQS.—¿Querrá usted hacer el favor de venir a charlar unos momentos conmigo, en cuanto vuelva usted a Francia?
LUMB.—Será una obligación gratísima para mí.
DUQS.—Pues hasta muy pronto.
COND.—Les acompaño a ustedes para dar unos pasos antes de acostarme.
GAST.—Apóyate en mi brazo, abuelita.
COND.—Buenas noches, Ana.
DUQS.—Buenas noches...

Besando a Gastón.

Que descanses, hijo mío.
FLOR.—*Good bye,* Bob.
ROBE.—*Good bye, darling.*

Salen todos: Roberto les acompaña hasta la puerta del fondo.

ESCENA VII

DUQUESA Y ROBERTO.

DUQS.—¿Te quedas, para disculparte?
ROBE.—Sí, mamá.
DUQS.—Un poco tarde.
ROBE.—Discúlpame también por eso.
DUQS.—Quiero creer lo que has dicho; nada grave ha sucedido entre tú y los Regnault.
ROBE.—No, mamá.
DUQS.—Ni con el padre, ni con la hija.
ROBE.—Nada absolutamente.
DUQS.—Entonces, ¿cómo justificas?...
ROBE.—No sé... un rapto involuntario de impaciencia.
DUQS.—Un rapto de impaciencia que, sin motivo alguno, te obliga a conducirte mal, agriamente, con un buen amigo, y lo que es peor y más antipático, con una señorita... No sé cómo decirte hasta qué punto tu conducta me parece deplorable y reprobable.
ROBE.—Estoy arrepentido, mamá.
DUQS.—No basta.
ROBE.—¿Qué he de hacer?
DUQS.—Ya que no sabes refrenar tus prontos y las rarezas de tus nervios, acostúmbrate, por lo menos, a la humildad de presentar en seguida tus excusas a las personas que ofendes y mortificas tan injustamente.
ROBE.—Mañana iré a casa de Regnault.
DUQS.—Es tu deber... Como será tu deber, en adelante, no volver a dejarte llevar de esos raptos. No basta pertenecer a una casa como la nuestra; es necesario saber pertencer. Y tú debes corregirte.
ROBE.—Te lo prometo, mamá... ¿Quieres perdonarme?
DUQS.—Sí; contando con tu promesa.
ROBE.—Gracias.
DUQS.—Estoy cansada del día de hoy, que ha sido poco agradable... Y todavía tengo que escribir algunas cartas.
ROBE.—Ya me voy, mamá.
DUQS.—Buenas noches. Hasta mañana.

Va a sentarse ante su escritorio.

ROBE.—Sí.

Llega al fondo, se detiene en la puerta; vuelve como vacilante y habla con timidez.

Mamá.
DUQS.—Ah.... ¿No te has ido?
ROBE.—Dirás que es otra rareza mía lo que quisiera pedirte.
DUQS.—¿Qué?
ROBE.—Un beso.
DUQS.—¿De despedida... tal vez?
ROBE.—¿Por qué?
DUQS.—¿No vas a marcharte pronto?
ROBE.—¿Yo?... ¿Quién te lo ha dicho?
DUQS.—Florencia.... por casualidad... ¿Te contraría?
ROBE.—No. Pero habría preferido decírtelo yo mismo.
DUQS.—Luego estás completamente decidido a hacer ese viaje.
ROBE.—Ese u otro... Lo mismo da.

DUQS.—No llevas un propósito determinado.
ROBE.—Sí; alejarme.
DUQS.—¿De mí?
ROBE.—De esta casa.
DUQS.—¿Y cuándo te vas?
ROBE.—Cuando tenga tu consentimiento.
DUQS.—Naturalmente, ni siquiera has pensado en la posibilidad, al fin y al cabo lógica, de una negativa por mi parte.
ROBE.—En efecto, no he pensado. Porque una negativa equivaldría a un acto de ternura por tu parte. Y desde hace algún tiempo no me los prodigas.
DUQS.—De modo, que si yo me opusiera....
ROBE.—Sería pura fórmula.
DUQS.—¿Y te irías, a pesar de todo?
ROBE.—Sí.
DUQS.—Eres muy dueño. Haz lo que quieras, como dueño y señor que eres de tí mismo, y no te preocupes más de mi consentimiento..... Pero supongo que todavía tendremos tiempo de hablar.
ROBE.—Cuando quieras y tanto como quieras, mamá.
DUQS.—En seguida. Esta tarde, tu abuelita, Florencia y yo, hemos hablado de tí... de tí y de Florencia. Es un asunto delicado y grave que convendría dejar resuelto.
ROBE.—Lo resuelvo en el acto; mi matrimonio con Florencia es imposible.
DUQS.—Me han asegurado que la querías.
ROBE.—Es verdad.
DUQS.—¿Pues a qué viene esa renuncia repentina y categórica?
ROBE.—Cuando tropezamos en la vida con una criatura como Florencia Lumb, no basta ofrecerle la alegría de nuestro cariño, es necesario ofrecerle además el gusto, la alegría de vivir. Y yo, de esa alegría, no tengo para dar a nadie, mamá.
DUQS.—Eres exigente con la vida... ¿Qué te falta? Tienes un gran nombre....
ROBE.—Que quisiera llevar con orgullo.
DUQS.—Un patrimonio inmenso.....
ROBE.—Que quisiera hacerme perdonar.
DUQS.—Y por añadidura, la Naturaleza te ha proporcionado un dón que está por encima de todos los méritos, de todos los talentos y de todas las virtudes; porque es un dón que no se discute: el dón de agradar.
ROBE.—Si lo tengo, lo he recibido de tí.
DUQS.—¡Oh, y tú agradas siempre, estés donde estés, hagas lo que hagas, a todos!
ROBE.—¿A todos?
DUQS.—Sí. Tu abuelita es tan parcial que se revuelve contra mí a la menor observación que me permito. Tu hermano te admira y te adora... hasta el sacrificio... yo sé por qué lo digo. Marta Regnault, a quien has mortificado, apenas puede ocultar sus sentimientos, y si no te ha hablado de ellos todavía, te hablará muy pronto; imitará a Florencia que no ha tenido el menor empacho en confesar su amor... ¿No te basta? Creo que sin necesidad de buscar mucho, la lista es lisonjera.
ROBE.—Sí, mamá... si te incluyera a tí.
DUQS.—El cariño de una madre es una cosa tan natural, que no debe contarse entre los privilegios de la vida.
ROBE.—¡Para contar, o para volver a contar con él, yo daría con entusiasmo todos los demás! Mamá... y ya que casualmente, por primera

y acaso por última vez hablamos de esto, déjame decirte lo que por razones que no se me alcanzan, llevo tanto tiempo sin decirte. Yo no tengo más que una adoración: tú, mamá.

DUQS.—Y por eso, sin duda, has decidido marcharte.

ROBE.—Sí.

DUQS.—Es extraño.

ROBE.—Es lógico. Hasta hace poco, tu cariño y tu confianza eran los únicos bienes de mi vida. Desde que no cuento con ellos...

DUQS.—Deliras....

ROBE.—Desde que no cuento con ellos, me parece que vivo solo, en un desierto donde mi cariño por tí se muere de hambre y de sed... Es lógico que quiera escaparme.

DUQS.—No estás en tu juicio. Lo que piensas, lo que dices, son locuras.

ROBE.—Sí... Yo también lo creo muchas veces; cuando me pregunto "¿por qué?" y no puedo contestarme. Entonces, aquí dentro, es un tumulto de ideas, de desesperaciones y delirios que positivamente ahogan mi razón. Y me callo; me callo siempre; me callo tenazmente; me callo, por miedo a hacerte sufrir.

DUQS.—Haces bien... no me faltaría más... Yo he llevado mi cruz en este mundo y no ha sido ligera; créelo. La he llevado, hasta hoy, lo mejor que he podido, sin quejarme y sin protestar demasiado, aunque los sitios de reposo y los descansos hayan sido raros para mí. Pero te confieso que no tendría fuerzas para volver a empezar. Ya estás en edad de comprenderlo, y lo único que tú puedes hacer para pagarme todo lo indecible que yo he hecho por tí, es ahorrarme nuevos dolores.

ROBE.—Para ahorrártelos es necesario que me marche.

DUQS.—Cada vez te entiendo menos.

ROBE.—Es que no puedo explicarte.... Es que... ¿Cómo decirte?....

DUQS.—Hablando con sencillez puede decirse todo.

ROBE.—Para hablarte con sencillez necesitaría, en este momento, no sólo la inconsciencia de cuando era niño, sino además la voz, los ademanes, las miradas de aquel tiempo. Necesitaría la audacia inocente que sólo tienen las palabras de los niños... Quisiera no saber hablar para hacerme comprender mejor... Pero a mi edad... ¡No puedo! ¡No puedo!

DUQS.—Roberto... No hace mucho te aconsejaba que aprendieras a dominar tus nervios. En lugar de hacerlo, te dejas arrastrar por ellos hasta la convulsión, casi hasta las lágrimas... ¿Quisieras ser niño? Puedes estar satisfecho; yo te aseguro que lo eres; nunca tan niño como ahora.

ROBE.—Entonces... mamá... escúchame... escúchame. Reanudemos una conversación lejana, desvanecida, olvidada. Una conversación con aquel niño de entonces. Te lo ruego. Aunque no sea más que por curiosidad, escúchame un momento, un minuto. Y si te parezco risible, no hagas caso, mamá... Tendría yo nueve años y una tarde estaba solo contigo, en esta misma sala, a tus pies, delante de este mismo sillón, casi en el suelo... No te muevas... Así, exactamente.

Coge un almohadón, lo pone a los pies de su madre y se arrodilla en él.

Miraba las láminas de un libro grande. De pronto, con una de esas curiosidades infantiles que son irresistibles, te pregunté: "Mamá, ¿por qué me quieres tanto?"... Tú me habías cogido la cabeza entre tus manos, me miraste en silencio mucho rato, con una mirada que sigue siendo el mejor de mis recuerdos, y me dijiste: "Nene, te quiero tanto porque..." No me dijiste más; pero

yo, satisfecho por lo visto, me puse a mirar de nuevo las láminas... Mamá: han pasado los años, lentos y duros para tí, lo sé... Mi infancia queda lejos, tan lejos como una felicidad perdida... Pero yo sigo siempre a tus pies, te contemplo con el mismo cariño y te pregunto con la misma curiosidad: "Mamá: ¿por qué ya no me quieres?"

Y vencido por la emoción apoya su frente en el regazo de su madre y llora como un chiquillo.

DUQS.—(*Conmovida a su vez, pero dominándose mejor.*)—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Qué escenas son estas? ¡Vamos, Roberto, vamos! ¿Quieres hacerme el favor de calmarte?

ROBE.—Dime qué tienes contra mí.

DUQS.—Roberto, por Dios.... No sé dónde irías a parar si te dejásemos continuar por ese camino de extravagancias peligrosas. Serénate. Te lo ruego con toda mi alma, Roberto; te lo ruego.

ROBE.—Entonces no pudiste satisfacer la curiosidad del niño; y hoy no quieres satisfacer la curiosidad del hombre... ¿Por qué?

DUQS.—¿Qué voy a decirte?... Porque hay curiosidades absurdas, que desorientan, que no tienen respuesta lógica.

ROBE.—Respóndeme sin lógica; pero respóndeme.

DUQS.—Nada de respuestas; un consejo excelente para tus nervios y los míos. Véte a descansar y déjame descansar a mí.

ROBE.—Pero...

DUQS.—Te lo ruego, Roberto.

ROBE.—Ya sabes que no puedo negarme a un ruego tuyo.

DUQS.—Así me gusta.

ROBE.—Así sea. Hasta mañana.

DUQS.—Es la primera palabra razonable que has dicho esta noche. Hasta mañana.

ROBE.—Sí.....

Y permanece como clavado en el sitio, mirando a su madre fijamente.

DUQS.—(*Nerviosa y casi violenta.*)—No, no; ya veo que no... ¿A qué vienen esos ojos, que parecen de inquisidor? Por última vez: ¿quieres pensar un poco en mí? No puedo más; estoy rendida... Pero, en definitiva, ¿qué es lo que deseas saber? ¿No están ahí los hechos para responderte mejor que las palabras? ¿Es que he faltado contigo a uno solo de mis deberes?

ROBE.—Sí; al de quererme.

DUQS.—¡No sabes lo que dices!

ROBE.—Al revés; digo esta noche lo que digo, porque *sé*.

DUQS.—¿Qué sabes?

ROBE.—Todo.

DUQS.—Todo no quiere decir nada.

ROBE.—Y me parece más que nunca incomprensible, inadmisible, inhumano, que me trates como me tratas

DUQS.—Roberto, ¿quieres decirme?...

ROBE.—Mamá, has cambiado la voz; has comprendido.

DUQS.—No, y hago esfuerzos por comprender; ¿qué es lo que sabes?

ROBE.—Sé... la impureza de mi nacimiento.

DUQS.—(*Ansiosísima.*) Roberto: ¿qué es lo que has dicho?

ROBE.—¿Por qué te exaltas así?

DUQS.—Y ante todo... ¿Cómo? ¿Quién te ha hablado?

ROBE.—¡Qué importa!

DUQS.—Debo... ¡Quiero saber!

ROBE.—Te basta con saber que no he sentido ninguna humillación absurda, mamá. Ninguna disminución en mi cariño. Al revés; me parece que te estoy más agradecido; que tengo una razón nueva para quererte, mamá.

DUQS.—¿Pero cómo sabes? ¿Y por quién? ¿Quién se ha atrevido?...

ROBE.—¿Temes reproches?

DUQS.—Ninguno: de nadie.

ROBE.—Y de mí menos que de nadie.

DUQS.—Lo espero.

ROBE.—Puedes estar segura, mamá. Y lo estarías, si pudieras imaginarte la extraña, la inefable alegría que he tenido al sentirme exclusivamente hijo tuyo... ¡Déjame hablar, mamá! ¡Me ahogaba, hacía tanto tiempo!... Y esta revelación viene a justificar tan plenamente la adoración instintiva que sentía por tí... Me consta, mamá, me consta, que he sido admitido en esta casa por la clemencia del que fué tu marido.... Con tal que tú me quieras, no me da verguenza. Me consta que he recibido infinitamente más de lo que me corresponde. Me consta que debo reparar y devolver, aunque sólo sea por agradecimiento...Y lo haré con entusiasmo, mamá; con pasión. Y tú me dirás qué debo hacer y cómo debo hacerlo. ¡Todo me parecerá fácil, si tú dejas de considerarme únicamente como el pecado de tu vida!....

DUQS.—(*Con un rugido.*) ¡Roberto!

ROBE.—(*Disponiéndose a caer en sus brazos.*) Mamá...

DUQS.—¡Véte!

ROBE.—¡Mamá!

DUQS.—¡No quiero oirte más!

ROBE.—No me hables así.

DUQS.—Tienes razón; no debo hablarte. ¡Salga usted de aquí!

ROBE.—Como a un extraño. No necesitas tratarme así para que me vaya. Basta que me odies.

DUQS.—Basta.

ROBE.—Es amargo... pero lo comprendo... ¡Y ese furioso impulso de dignidad, a última hora, me haría sonreir si no me asesinara!

DUQS.—¡Dios mío, Dios del cielo, te hago la ofrenda de mi voz; enmudezca para el resto de mi vida, si me das la fuerza de callar ahora!

ROBE.—Así, mamá. Es mejor. ¡Enciérrate en tu rigidez social, en la austeridad de tu religión, en la vanidad de tus prejuicios; y cuando yo te llamo, calla, calla!

DUQS.—¡Sí! ¡Callar, a costa de todo!

ROBE.—Creía conmover a una madre, y he ofendido a una gran dama; esperaba una sonrisa, y encuentro una tormenta; pensé que gritaba el corazón, y es que rugía el despecho..

DUQS.—¡Te ordeno que te calles! ¡Vete!... ¡Lejos!... ¡Que no te vea más! ¡Que no te oiga más! ¡Lejos de mí!

ROBE.—Llama a un criado para que me ponga a la puerta de la calle. ¿Yo, qué soy? La verguenza viva; el recuerdo insultante; el remordimiento brutal... Soy el bastardo.

DUQS.—¡Me insultas!

ROBE.—Te juzgo.

DUQS.—¡No tienes el derecho!

ROBE.—Tengo el dolor... mamá.

DUQS.—¡Basta! Pues óyeme. Había jurado no hablar nunca. No hablarte nunca de lo que tú llamas la *impureza* de tu nacimiento. Y por tu culpa, y por esta curiosidad tuya implacable, y por el torpe in-

sulto que acabas de hacerme, falto a la promesa hecha a unos ojos que morían, y hecha con la mano puesta sobre el Crucifijo... ¡No importa! Te han dicho una mentira que me mancha; voy a decirte una verdad que me redime.

ROBE.—Mamá...

DUQS.—Déjame hablar; no tendré el valor de acabar si me interrumpes...

ROBE.—¡Pero es un martirio!...

DUQS.—¿Y el mío?... Yo era pura. ¿Has oído? Pura como la pureza misma cuando conocí al duque... y él fué el único hombre de mi vida; el único amor de mi corazón... ¡Cállate!... Se oponía un obstáculo a nuestra unión; un obstáculo que los míos creían insuperable. El duque, aun casándose conmigo, no quería abandonar a un pequeñuelo... a un niño que tuvo... ¿De quién?.. no me preocupó nunca averiguarlo.

ROBE.—¡Basta... basta!

DUQS.—Has de escucharme hasta el final.

ROBE.—Me vas quitando, poco a poco, la vida que tenía.

DUQS.—Tu padre te adoraba porque eras hermoso como un ángel. Y yo, por amor hacia él, por exaltación de juventud, por locura de generosidad, rompí con los míos. Huí con tu padre... Y fuimos a casarnos, lejos. Y al jurarle fidelidad y amor, le juré además que sería tu madre; le juré que te consideraría como al mayor de nuestros hijos, aunque nacieran otros. Así lo quise. Así se cumplió legalmente, irrevocablemente. Y nacieron tus hermanas. Nació Gastón. Y poco después sobrevino la gran desgracia de mi vida. Me quedé sola con vosotros cuatro... a los veintitrés años. Dios me es testigo: te quise siempre; no hice diferencia de cariño, de cuidados, de solicitud entre vosotros, nunca... Hasta que llegó el día de tu mayor edad, y me pareció que se cumplía un plazo terrible: el plazo que Dios se había reservado para castigarme. Fué ver, de pronto, todo el daño que, por tí, el desconocido de mi cuerpo, el intruso de mi vida, le había hecho a mi hijo, al único, al verdadero. Desde antes de nacer, había decretado en contra suya, aquella usurpación de bienes, de honores y de nombre. Y entonces... Entonces, a pesar de mi devoción a una memoria sagrada, a pesar de mis juramentos, a pesar de todo, poco a poco... por una fuerza brutal de mi instinto, por una protesta irresistible de mis entrañas, por una inversión espantosa de mi voluntad, me odié a mi misma que había ido más allá de mi deber; odié mi maternidad artificial, falsa; y empecé a cometer el delito de odiarte a tí también... Y tú, tú, tú, desde aquel momento, parece que hayas hecho adrede todo lo posible para que te odiase más y más. ¡Sí, tú, tú!... Porque, no contento con lo que la ley te daba, me has despojado de todo, de todo, sin piedad. Me había reconciliado con mi madre, y tú me la quitas; porque ella, aun *sabiendo,* contra todas las exigencias de la sangre, no te quiere más que a tí. Pensé darle a Gastón un ángel de mujer, que habría sido su compañera divina y una esperanza de felicidad; pues tú me la quitas, porque no te quiere más que a tí. Para acallar como puedo mis remordimientos y mis odios, me refugio en el cariño de Gastón, y tú me lo quitas, porque no te quiere más que a tí... ¡Todo y todos!... ¡La vida entera delira por tí! Aborrezco tu inteligencia, tu hermosura, tu bondad, tu superioridad... ¡Creo que llegar a decirte, a echarte en cara, por fin, que te odio, es la única alegría que me has dado desde que eres hombre! Y te odio, por odio, y por miedo de llegar a quererte demasiado, ¡también yo, también yo! como todos los demás. Sí, te odio!... Pero mira, mírame llorando, arrancándome el alma, gol-

peándome el pecho hasta abrírmelo, de rodillas, pidiéndote que perdones mi maldad, mis miedos y mis odios... Y debes perdonarme ... y vas a perdonarme... porque no es mi culpa, ¡no es mi culpa!... ¿verdad? ¡Porque es una maldición suprema que me hiere, una injusticia divina contra la que yo no puedo nada, nada, nada!

Y caída por el suelo, solloza desesperadamente.

ROBE.—¡Déjame que te llame como antes! Mamá... porque si no... ¿a quién voy a llamárselo, desde hoy?... ¿Me dejas? ¡Mamá, mamá, mamá!

TELON.

ACTO TERCERO

La antigua capilla del castillo convertida en oratorio sencillísimo—y a medias en laboratorio—para las necesidades de la guerra. Al fondo, en el semicírculo del ábside, un diminuto altar. Algunos reclinatorios ante él. El oratorio, propiamente dicho, puede aislarse de la parte anterior de la escena, corriendo un pesado cortinón de terciopelo rojo. Esta parte anterior de la escena es, en realidad, un salón, al que la austeridad del mobiliario, de los cuadros y de todos los demás detalles comunica marcado aspecto de sacristía señorial. La luz, que se filtra por los tres ventanales góticos del ábside, es tenuemente dorada, beatífica. En el centro de la escena, y paralela a las candilejas, una gran mesa, cubierta de antiguo damasco rojo. A los extremos de la mesa, sendos sillones de alto respaldo. Aquí y allí, otras sillas llenas de madejas y paquetes de lana gris.

ESCENA I

LA CONDESA, FLORENCIA, LUISA, MARIA, MARGARITA Y GERARDO.

FLOR.—(*Junto a la mesa, distribuyendo paquetes de lana a las tres muchachas.*)—Ya tenéis para una buena semanita... Esperad que tome nota...

Escribe en un libro-registro.

Vuestros nombres... Luisa... María... Margarita... Van cinco kilos de lana para cada una... Y pongo para el sábado... Así tenéis ocho días completos. No me faltéis. Trabajád con formalidad. Y apretad el punto... No escatiméis la lana, que no ha de faltarnos.

COND.—(*Sentada en el sillón del extremo derecho y trabajando activamente.*) Florencia... ¿Quieres llamarme a Gerardo?

FLOR.—Ya lo creo.

Se acerca a la puerta de la izquierda, llama y vuelve junto a las muchachitas.

Sobre todo, exactitud, ¿verdad? Ya váis despachadas.

LUIS.—(*Con muchísima timidez.*) Es que... si la señorita da su permiso, yo quisiera....

FLOR.—Vamos, adelante; explícate.
LUIS.—Pues que si la señorita da su permiso....
MARI.—¡Mujer, no te cortes!
FLOR.—¿Pero qué es?
MARI.—¿Quieres que se lo diga yo?
LUIS.—Sí, tú eres más descarada.
MARI.—Gracias. Pues verá la señorita... Que ésta, Luisa, ha recibido carta de Carlos, su novio, que es soldado, claro, y que está en el frente... Pues ella quería mandarle una carta bien escrita y diciéndole cosas bonitas. Pero hemos empezado a hacerla entre todas y llevamos medio día trabajando. Nos ha salido un ciempiés, que no es posible que lo entienda Carlos, aunque sea un héroe. Así es que ésta, Luisa, quería pedirle a la señorita que....
FLOR.—¿Que escriba la carta?... ¡Con mil amores!... Lo mejor que sepa
LUIS.—La señorita es muy buena.
FLOR.—Veremos si soy buena para escribir una carta que diga cosas bonitas. No es tan fácil. Hagamos la prueba.

Las tres muchachas rodean a Florencia, que se sienta al otro extremo de la mesa.

GERA.—(*Entrando por la izquierda.*) ¿Llamaba la señorita?
COND.—Yo, Gerardo... ¿Los diarios de París?
GERA.—No han llegado todavía, señora condesa.
COND.—¿Se ha mandado el automóvil a la estación?
GERA.—Desde esta mañana está allí. Y además he preguntado por teléfono. Dicen que ha salido un tren de París; pero no pueden precisar a qué hora pasará por aquí. Ya no rigen los horarios oficiales, señora condesa.
COND.—Estamos separados del mundo... Por Dios, Gerardo; se lo recomiendo a usted; estén al cuidado. Y en cuanto se vea el automóvil de lejos, avísenme ustedes para que pueda salirle al encuentro y coger los periódicos antes de que vayan a manos de mi hija.... ¿Ha comprendido usted? No dejen ustedes de estar a la mira.
GERA.—La señora condesa puede confiar en nosotros. En la Torre hay constantemente álguien que observa. Y con los gemelos se ve el automóvil a más de cuatro kilómetros... ¿Manda algo más la señora condesa?
COND.—Nada, gracias.
GERA.—Olvidaba decirle a la señora condesa que desde la verja grande preguntan por teléfono si pueden recibir a la señorita Regnault.
COND.—Diga usted que sí....

Sale Gerardo.

¡Marta Regnault! No podías llegar en mejor ocasión... Voy a despacharme a gusto.
FLOR.—Y este es el final... Léelo.... a ver qué te parece.
LUIS.—(*Leyendo.*) "...Y ahora te mando mi amor y mi fé en un beso muy grande, tranquilo y perfumado como el prado donde nos dimos el último adiós. Este beso te dice en voz baja, muy baja: "viva nuestro amor"; en voz alta, muy alta, "viva nuestra patria."

Conmovida besa la mano de Florencia.

MARI.—Señorita... ¿Querrá usted escribir mis cartas, cuando?....
FLOR.—¿Por qué no? ¿Tú también tienes un novio en el frente?

MARI.—Dos... Yo tengo dos. El que me escogieron mis padres y el que me escogí yo misma.

FLOR.—Mientras estén lejos podremos contentarles a los dos; no te apures... Hasta el sábado... Que trabajemos mucho... ¿Y tú? ¿No tienes ningún héroe, tú?

MARG.—No, señorita.

MARI.—Puedo cederte uno de los míos, si quieres.

FLOR.—Sí; el que le escogieron sus padres.

Entra Marta vistiendo el traje de la Cruz Azul.

ESCENA II

DICHAS: MARTA REGNAULT. Poco después, GUIDO.

MART.—No llego sola, condesa. Viene conmigo una visita ilustre.

COND.—¡Naturalmente! Si no fuera ilustre, no vendría contigo... ¿Y quién es? ¿Un duque, un príncipe?

MART.—Ni más ni menos; un príncipe de la Iglesia.

Entra Monseñor Guido.

COND.—(*Poniéndose en pie.*) ¡Qué sorpresa! ¿Tú aquí? ¿Pasa algo?

GUID.—Nada, prima, nada. Vuelve a sentarte. Una visita a los hospitales de la región me trajo cerca, y he querido entrar a saludaros.

A Florencia y a las tres muchachitas, que se arrodillaron a su llegada.

No interrumpáis vuestra labor por mi culpa. No debéis interrumpirla, ni siquiera para rezar. En estos momentos, hijas mías, las plegarias más gratas a Dios son éstas, de lana gris, en las cuales hiláis vuestros pensamientos, vuestras esperanzas y vuestras lágrimas... Hacéd muchas plegarias así... Levantáos... Continuád.

Va tocando la frente de cada una. Las muchachas y Florencia salen.

COND.—(*A Guido.*) ¿Vas a pasar unos días con nosotros? Si puedes quedarte, mando que abran tus habitaciones en seguida.

GUID.—No. Deja estar... No creo que pueda quedarme.

COND.—Por lo menos, siéntate.

GUID.—¿Y noticias de esos muchachos?

COND.—Ni buenas ni malas. Hace dos días que ni siquiera llegan los periódicos.

GUID.—Ana, ¿no está?

COND.—No hace mucho estaba con nosotras... Habrá ido a escribir. Es la hora.

GUID.—¿Cómo está?

COND.—Como una madre que espera: mal.

A Marta.

¿Tú tampoco tienes noticias?

MART.—Ninguna. Las cartas que escribe mi padre, desde París, no dicen nada.

COND.—Temerá que por una indiscreción suya nos enteremos de que hay guerra en Europa.

A Guido, que da grandes paseos por el fondo de la escena.

¿Estás inquieto, Guido?

GUID.—Cansado, prima. Estoy muy cansado.

COND.—Pues debes descansar un poco.

GUID.—Tienes razón. Voy a hacerlo.

Entra en el oratorio y se arrodilla para rezar.

FLOR.—He dicho a la duquesa que había llegado su Ilustrísima...

Viendo a Guido en el oratorio, hace correr el cortinón.

MART.—Me alegro mucho de poder saludar a la duquesa.

COND.—Ya sabemos que nos dejas; que abandonas a tus heridos.

MART.—Para ir a cuidar de otros, probablemente más graves.

COND.—¿Sí? ¿Dónde?

MART.—No lo sé a punto fijo. Pero nuestro tren lo mandan al Norte.

COND.—Con los ingleses; estaba segura.

MART.—¿Por qué, condesa?

COND.—Porque estaba segura. Como estoy segura de que no te trasladan; eres tú la que ha pedido ese traslado.

MART.—Le aseguro a usted, condesa....

COND.—Allí hay un sacerdote que reza; no digas mentiras.

MART.—No sé por qué había de pedir....

COND.—Yo te lo digo; porque es más "chic" cuidar de los ingleses que de los otros... ¡Sí, hija mía! También la caridad tiene sus *snobismos* y sus modas. Tú haces bien marchándote al Norte. Dicen que los hospitales ingleses son verdaderos paraísos. ¿No te han contado la respuesta de un soldadillo nuestro a un médico inglés?... Lo habían transportado, por casualidad, a uno de esos preciosos hospitales, y el pobre muchacho admiraba asombrado los *pijamas* de seda, las zapatillas de piel fina, los *"five o'clock"* y los juegos de aquellos heridos bienaventurados.—"¿Cómo estás?"—le pregunta un día el Mayor a nuestro soldadillo.—"Voy mejorando, señor Mayor."—¿No necesitas nada? ¿No quieres nada?—"Sí, señor Mayor; quisiera ser herido inglés." Tenía razón, porque ser herido inglés constituye un privilegio; y como yo me sé tus ambiciones de memoria, me parece naturalísimo que vayas a cuidar de los privilegiados.

MART.—Ya no tengo ambiciones, señora condesa.

COND.—Si no las tuvieras, seguirías modestamente aquí, en el sitio que Ana te había señalado y donde eras útil de verdad. Pero ¿quieres que te diga francamente todo lo que pienso?... La nobleza de Inglaterra, con impulso unánime, ha cubierto las trincheras de nombres ilustres; supongo que regresarás de allí duquesa, por lo menos.

MART.—No llevo otro propósito que ejercer la caridad.

COND.—¿Y te parece poco caritativo casarte con un duque, al que le falte un brazo o una pierna o cualquier otro pedazo de su cuerpo? Todo eso es caridad; y caridad con vistas al porvenir... De modo que te doy mi enhorabuena por anticipado.

MART.—¡Cómo me alegro de ver que conserva usted su buen humor!

COND.—En vuestra caridad de "clase extra" encuentro detalles tan cómi-

cos que no hay más remedio que tomarla a broma. Aquí está Ana. Ya te defenderé.

ESCENA III

DICHOS: LA DUQUESA Y GUIDO.

MART.—He venido a saludarla a usted, duquesa, y a pedirle sus órdenes para París... Y me escapo inmediatamente porque la condesa no me deja vivir.

DUQS.—Sabía que te marchabas. Y lo siento. Tu deserción inesperada me encuentra sin nadie de quien echar mano para ponerlo en tu lugar. La guerra había vuelto a reunirnos, después de aquel alejamiento tuyo incomprensible, y es un dolor que te nos vayas otra vez.

COND.—Ella no tiene la culpa, pobrecilla... La mandan, y obedece... ¿no es verdad?

DUQS.—Buena suerte. Saluda a tu padre, de mi parte.

MART.—No dejaré de hacerlo. Me voy, entre otras cosas, para acercarme un poco a él. ¡Está tan solo el pobre viejo!

COND.—¡Angelical!...

MART.—Mis mejores votos por sus dos ausentes queridos y por toda su casa de usted.

DUQS.—Gracias, Marta.

MART.—No quiero distraer a su Ilustrísima. Hágame el favor de recordarme a él y de pedirle para mí una bendición.

COND.—¿Cómo la quieres? ¿Nupcial?

MART.—No hay modo de aplacarla a usted....

Saluda y sale.

DUQS.—Se divierte usted atormentándola.

COND.—Es una cursi.

DUQS.—Persigue su ideal; que Dios le dé fortuna.

COND.—Si le da un marido, acierta más.

DUQS.—¿Tiene usted cartas, mamá? Démelas usted... van a llevárselas.

COND.—Sí, tengo varias... ¿dónde las has puesto?

Entra Guido viniendo del oratorio. Ana le sale al encuentro y quiere besarle mano. Pero él se lo impide: la abraza y la besa en la frente.

DUQS.—¡Cuánto te agradezco que hayas venido a verme! ¡Tenía necesidad de hablar contigo!...

COND.—(*A Florencia.*) Nosotras nos llevaremos las cartas... ¿quieres, Florencia?

FLOR.—Sí, condesa.

GUID.—(*A Florencia.*) No se habla más que de tí por todas partes, hija mía...De tu celo, de tu dulzura.... Pero no me extraña. Tienes la cara de un ángel; es natural que tengas sus sentimientos.

DUQS.—Fué una inspiración del cielo pedirle a su padre que la dejara con nosotros. Es el ángel de nuestra caridad.

COND.—Y de nuestra organización.

GUID.—Si quieres aceptar, como anticipo modesto de recompensa, la admiración de un viejo sacerdote, yo te la ofrezco de todo corazón.

FLOR.—Señor...

Le besa la mano.

COND.—Ana, si tienes que hablar con Guido, danos tus cartas.
DUQS.—(*Dándole una carta.*) Gracias, mamá... Que vayan en seguida.
COND.—Ahora mismo.

Mientras se dirigen a la puerta muestra a Florencia la carta de Ana.

Gastón.
FLOR.—¡Siempre!

ESCENA V

DUQUESA Y GUIDO.

DUQS.—Parece que hayas adivinado mis deseos, viniendo a verme. Iba a escribirte hoy mismo. Tengo necesidad de tus palabras y de tu voluntad.
GUID.—¿Pues qué sucede, Ana? Te encuentro abatida; estás desfigurada, pálida... ¿qué sucede?
DUQS.—Sucede.... sucede, que ya no tengo paz, porque no tengo valor.
GUID.—No lo digas.
DUQS.—Sucede que soy presa de un pánico que me corroe y me desgarra; pero que desgraciadamente no tendrá fuerza para matarme...
GUID.—¡Ana!
DUQS.—¡Y estoy desesperada, precisamente, porque creo que seré capaz de resistir mi dolor! Tú no puedes imaginar lo que ha venido a ser mi vida. A las noches sin sueño, suceden los días sin descanso ¡siempre y continuamente!... Y sin embargo, procuro llenar estos días interminables como puedo. Multiplico febrilmente mi actividad. Hago el trabajo de diez personas. Hablo, discuto, pido, obtengo, doy, preparo, organizo. Agoto mis fuerzas; y cuando caigo en la cama, con los nervios rotos, con las articulaciones doloridas, con la esperanza de un poco de sueño... ¡nada, nunca!... No es el sueño; es una inercia opresora llena de alucinaciones y de pánico. No puedo más. Quiero acabar de una vez. Quiero cerrar los ojos, el cerebro, el corazón; para no ver, para no saber, y, sobre todo, para no esperar... ¡Eso es lo horrible: esperar! Mi vida se reduce a la espera de una noticia que puede aniquilarme de un momento a otro... Y ya no puedo más... ¡Háblame tú! Siempre me había dado fuerzas tu palabra. Háblame: dame un poco de serenidad, porque no puedo más, créeme, no puedo más...
GUID.—¡Ana! ¡Ana! No esperé nunca este espectáculo tan poco digno de tí... No te reconozco... Todos los días veo madres que no tienen tu nombre, ni tus tradiciones, ni tu riqueza; que no tienen, como tú el deber de dar ejemplo; que no tienen como tú, el consuelo supremo de hacer tanto bien; madres sin otro deber que el deber humilde de sufrir; pero lo cumplen más cristianamente que tú, porque no protestan.
DUQS.—¡Yo seré más castigada que ninguna! ¡Yo sufriré más que ninguna!
GUID.—¿Qué vanidad es la tuya, hija mía? ¡No te envanezcas así, no te exaltes así, desdichada! En esta gran catástrofe, creerte una elegida, aunque sea para el dolor, es pecado de orgullo... No caigas en él... Es el peor, el más cruel y el más indomable de todos los pecados... El orgullo es quien ha traído la ruina del mundo... El orgullo de poder, el orgullo de riquezas, el orgullo de fuerza, el orgullo de dominación, el orgullo de gloria, el orgullo de raza... Hasta el orgullo de fe; hasta el orgullo de civilización... ¡Sí, hija

mía! La civilización, que es luz, llegó a una intensidad de resplandor tan grande, que cegó a los hombres... Y esa tempestad de orgullo es el pecado que todos expiamos. Y el castigo nos alcanza a todos por igual ¡a todos! Es como un nuevo diluvio que amenaza tragársenos; un diluvio más largo, más terrible que el otro; porque es de lágrimas y sangre. Nadie escapará al dolor... Que si hoy surgiera un nuevo Noé, que como entonces construyera un arca, no dejarían de inventar el arma submarina que la hundiera, porque hoy la iniquidad ha llegado a la perfección... Y somos todos igualmente responsables ante esta muerte de la piedad... ¡No te envanezcas de tener que sufrir o de poder sufrir tú, más que los otros! ¡No es posible! ¡Todos los que vivimos esta hora, quedaremos marcados para siempre! Y no habrá paz verdadera para nuestras almas, Ana. Y nuestro consuelo único radicará, de hoy más, en las palabras del Evangelio: "¡Nada es difícil a Dios!"... Recemos, Ana. Recemos para que no le sea difícil ni siquiera el milagro de hacer surgir el hombre nuevo, el hombre de mañana, más bueno, más humilde, más generoso, más humano. Esta noche, no tiene otro astro... Házte fuerte, Ana; fuerte y humilde, en la parte de dolor que te ha correspondido!... ¡Y no te envanezcas!... ¡Y no te desesperes!... ¡Y no grites!... Es inútil. ¡El estrépito de la impiedad y de la fuerza llena el mundo; tu grito se perdería como una lágrima en una tempestad del mar!... Que tu conciencia de madre....

DUQS.—¡Mi conciencia de madre es un remordimiento en carne viva!

GUID.—¡Descárgate de tus remordimientos! ¡Habla, Ana!

DUQS.—¡He cometido un delito; peor, una infamia; peor, un sacrilegio!... ¡Sí!... Por eso vivo con la angustia y el recelo del castigo. Sé que lo merezco. Sé que no podré quejarme de injusticia cuando me hiera. Y por lo mismo no tengo la fuerza de esperarlo... Es necesario que hable para poder respirar... Es necesario que hable, aunque sé que no habrá misericordia para mí.

GUID.—Para cada pecado hay una misericordia. Habla; dime la causa de esta tortura.

DUQS.—He faltado a un juramento....

GUID.—Si lo hiciste con propósito de bien...

DUQS.—No.

GUID.—¡Ana!

DUQS.—Espera... Me condenarás después. Tú estabas en casa el día que murió mi marido. Y en tu presencia le juré no hablar nunca a Roberto de su origen... ¿Recuerdas?

GUID.—Y recuerdo que murió agradeciendo y bendiciendo tu bondad.

DUQS.—Pues oye... Has de saber que en mi corazón se acumularon de tal modo los dolores, que me hicieron olvidarlo todo... ¡Espera! Vas a quitarme la fuerza que necesito para confesarme. No trato de justificar, sino de explicarme a mi misma, lo ocurrido... Oye: Roberto, yo no sé cómo, yo no sé por quién, había sabido; pero había sabido mal; había sabido, culpándome a mí....

GUID.—No te comprendo, Ana.

DUQS.—Roberto se creía hijo mío... Es decir, hijo de una falta de mi juventud; hijo de un pecado de amor inconfesable... Y me lo dijo ... ¿Comprendes? Me lo echó en cara. Entonces yo me defendí. Me defendí con excesiva crueldad... El terror de que un día, tal vez después de mi muerte, Gastón podría engañarse también, podría creer esa infamia y avergonzarse de mí, ese terror me hizo rugir, me hizo odiar en el acto. Y entonces, como si un demonio hablara por mí, le escupí a la cara al pobre muchacho lo que él era, lo que

había usurpado, lo que me había robado de maternidad y de amor, lo que yo había hecho por él... ¡Todo!... ¡Todo! Y durante una hora le clavé en el corazón palabras de desprecio, de ira, de odio; palabras que la criatura no podrá olvidar, que no perdonará jamás... Y después... se me fueron los dos... La guerra insaciable se los llevó de casa... Partieron: Gastón, con una ilusión de gloria; el otro, con una esperanza de morir... Y después, nada... La espera angustiosa, eterna del decreto de Dios que debe herirme. ¿Cuál será?... ¿Cómo lo sabré?... ¿Cuándo?... ¿Por quién?

GUID.—¡Humilla la frente, Ana!... Recoge en una plegaria todas tus fuerzas, todos tus ánimos, porque en la expiación serás perdonada por Dios...

DUQS.—¿Qué quieres decir? ¿Qué?

GUID.—No preguntes. Ve a rezar primero. ¡Ve a pegar tu frente contra la piedra del altar y pide al Redentor de todas las culpas, de todos los pecados, la fuerza!...

DUQS.—¡No! ¡Me estremeces! ¿Por qué has venido aquí, hoy?...

Casi corriendo entran la condesa y Florencia.

ESCENA V

DICHOS: LA CONDESA, FLORENCIA.

Después, GERARDO.

COND.—¡Ana!... ¡Ana!

DUQS.—¿Qué? Mamá... ¿Qué tenéis?

COND.—Tal vez nada... malo. Tal vez una buena noticia...

DUQS.—¿Pero qué? ¿De quién? ¡Hablád, por favor!

COND.—Estábamos en la Torre... Esperábamos ver llegar el automóvil de la estación, con los periódicos... Y de pronto... No puedo... Estoy... No puedo.

FLOR.—Y de pronto descubrimos un automóvil gris, grande, muy bajo... que viene aquí... Seguramente. Y hemos visto que lo lleva un soldado... Nadie más... Un soldado únicamente.

Ana echa a correr.

GUID.—¡Ana, quédate, aguarda!

DUQS.—¿Por qué? ¡Tú sabes!... ¡Tú sabes!...

GUID.—(*Abrazándola.*) Sé... ¡Dios sea contigo en este momento!

Mostrándole un telegrama.

Es del Ministro de la Guerra... ¿Quieres? ¿Te sientes con fuerza?

DUQS.—(*Con un esfuerzo sobrehumano.*) Sí.

GUID.—(*Leyendo lentamente.*) "Ruego a Su Ilustrísima trasmita a la duquesa de Niévres, a quien no tengo el honor de conocer, mi respetuoso pésame por la gloriosa muerte de su hijo."

DUQS.—(*Con arranque irresitible.*) ¿Cuál?

GUID.—¡Ana! ¡No mereces perdón de Dios, si no callas delante de la muerte!

DUQS.—¡Sí... sí.... tienes razón!... Mírame... a tus pies... a tus pies ...¿Estas contento?... ¡Por mi culpa, por mi culpa, por mi culpa!....

GERA.—(*Precipitándose.*) Señora duquesa, señora duquesa...

DUQS.—(*Levantándose de un salto.*) ¿Quién?

Entra Roberto.

ESCENA VI

DICHOS menos GERARDO, ROBERTO, FLORENCIA y CONDESA.

DUQS.—¡Roberto!

Lo contempla un instante, sin fuerza para hablar ni llorar.

¡Tú!... ¡Tú!... Entonces mi pequeño... Mi pobre... Enton... ¡Dios mío, Dios mío, no creas que no lo esperase! Lo sabía... ¡La pena mayor!... ¡Tenía el corazón deshecho, porque lo sabía!

ROBE.—(*Se le acerca lentamente, mientras Guido, la condesa y Florencia se arrodillan a los pies del altar.*) Me dijiste una vez que la vida deliraba por mí....

DUQS.—No me lo recuerdes... Tén compasión.....

ROBE.—Puedo jurarte que yo no deliro por ella. He cumplido mi deber desesperadamente. Y volveré a cumplirlo. Pero el destino me ha desdeñado, y ha añadido a todos mis remordimientos el de estar ahora aquí, en lugar de Gastón... Yo sé que si él hubiera venido a traerte mi último pensamiento, tú habrías sido menos infeliz... No es culpa mía; perdóname.

DUQS.—No me castigues demasiado tú también.

ROBE.—Un rasguño de nada, aquí, en el hombro, me ha valido una licencia de pocas horas. Debo regresar a mi puésto... Pero he atravesado Francia para venir a traerte su último beso y su última palabra.

DUQS.—¡Dímela!... ¡Dímela!

ROBE.—Una palabra sencilla y dulce, en la que cabe todo... Es la palabra humilde, pequeña, que millares de hombres, en aquella furia horrenda, dicen al morir... o la piensan, si no les dan tiempo de decirla... Es la palabra que yo diré también, con más pena que nadie, porque no sabré a quién decírsela, a quién mandársela... Es la última palabra de Gastón.

DUQS.—¡La espero como un perdón tuyo!... ¡Díla!

ROBE.—Mamá....

DUQS.—(*Echándole los brazos al cuello, frenéticamente.*) ¡Otra vez!... ¡Otra vez!

ROBE.—¡Mamá.... mamá... mamá!

TELON.